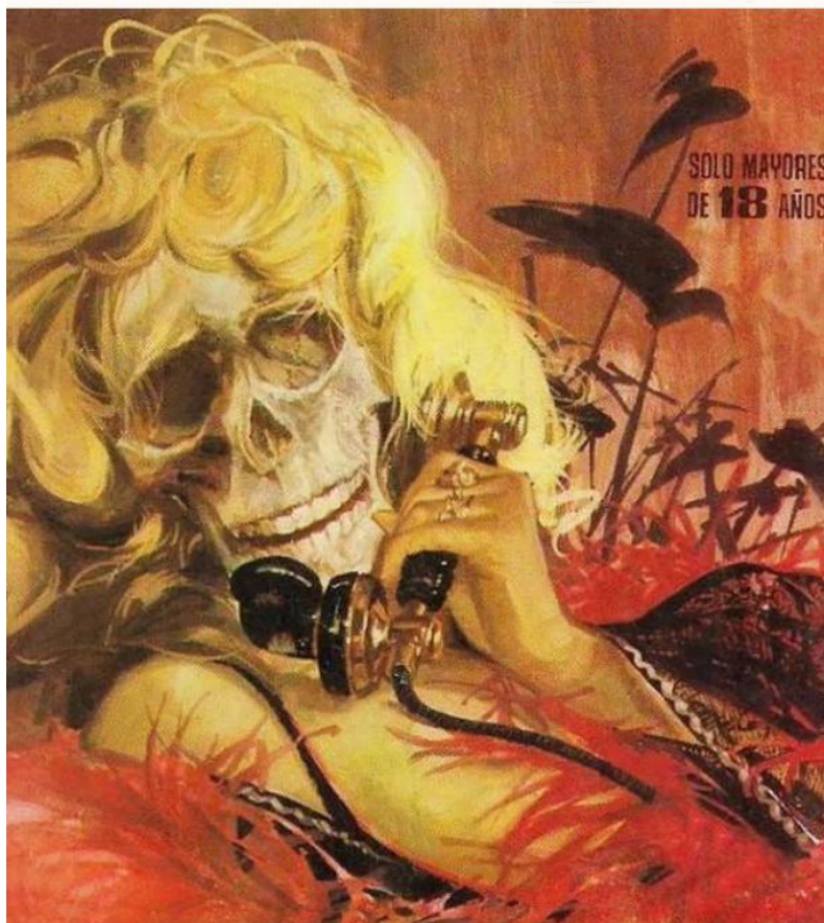


BOLSILIBROS
BRUGUERA

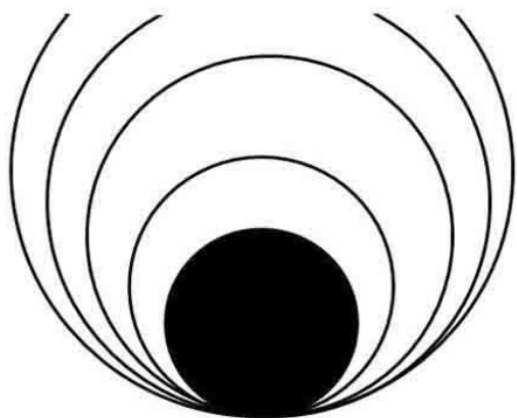
PUNTO
ROJO

RUBIA ES LA MUERTE

Albert Rosbund



SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND

RUBIA ES LA MUERTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 990
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 4.923 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1981

© Albert Rosbund - 1981

texto

© Miguel García - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1981

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

516 — Llega un verdugo.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

437 — Lazo de sangre.

En Colección PUNTO ROJO:

980 — Atrapado.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.599 — Corrupción.

En Colección CALIFORNIA.

1.277 — Concho.

CAPÍTULO PRIMERO

Lo encontré en la barra de
Malcolm's,
tal como habíamos quedado unas horas antes telefónicamente.
Malcolm's

es un elegante bar sito en Miramar Street, en pleno centro de Los Ángeles. A aquella hora no había excesiva clientela y, con los datos que me había proporcionado sobre su persona, no me fue difícil reconocerle.

Era un sujeto alto y delgado, moreno, de una edad aproximada a la mía, tal vez un par de años menos, veintiocho o así. Vestía un bien cortado traje, poseía cierto atractivo varonil y bebía un combinado a pequeños sorbos.

Mi observación duró lo que tardé en llegar a su lado. Olía a loción de las caras.

—¿Señor Maxwell? —pregunté con la mejor de mis sonrisas—.
¿Ronald Maxwell?

Me miró fijamente, con el vaso mediado de licor en la diestra. Tenía unos ojos oscuros, fríos y un rostro atezado, sin ninguna arruga.

—¿Steve Markham? —preguntó a su vez.

—El mismo.

Dejó un instante el vaso sobre el mostrador e intercambiamos un apretón de manos. —Pida algo y vayamos a aquella mesa— señaló con un dedo—. Hablaremos con mayor tranquilidad.

No objeté nada. Poco después nos acomodábamos en aquel rincón vacío, junto a una cristalera que permitía ver el abundante tráfico de la calle. Yo me acompañaba de un *gin-tonic*. Me humedecí los labios y luego pregunté:

—¿De qué se trata, señor Maxwell?

—Es un tema delicado —musitó—. Me gustaría que hubiera la

máxima discreción.

—Por supuesto. En mi trabajo es elemental el secreto profesional.

Asintió con la cabeza.

—Bien. Verá... Hace unas fechas conocí a una chica, simpatizamos, comenzamos a salir juntos... En fin, esas cosas... —Hizo un gesto por el cual yo debía entender o imaginar un puñado de hechos—. Se trata de una muchacha sencilla, agradable, muy bonita...

—¿Cuál es el problema? —le atajé—. Me gusta ir siempre directamente al grano.

Ronald Maxwell lo comprendió.

—No sé mucho de ella...

Encanuté los labios, sorprendido, luego bebí un largo trago de *gin-tonic* y por último le dije:

—Pregúntele.

—Sí, lo he hecho.

—¿Entonces?

—La verdad es que ella se muestra reacia a hablar de sí misma... y es lo que me hace desconfiar. No sé, a veces tengo la impresión de que oculta algo.

—Hum...

—Por eso le llamé, señor Markham. Usted es detective privado, y de los buenos, según las referencias que tengo. Creo que es un trabajo que entra dentro de su...

—Desde luego —no le dejé finalizar.

—Entonces, ¿acepta?

Yo también me había procurado referencias de él. Ronald Maxwell pertenecía a una familia de ricachos venida a menos. Desde la muerte de su padre, un poderoso industrial, la viuda y los hijos no habían hecho otra cosa que dilapidar la herencia sin preocuparse lo más mínimo por los negocios. Por ejemplo, Ronald Maxwell, que era quien más me interesaba, tenía fama de *play-boy*, despilfarrador y granuja. Mi informante me advirtió que llevara cuidado con él, pues había repartido por ahí más de un cheque sin fondos y sus acreedores se contaban como hormigas.

Ahora me miraba con cara de chico bueno. Una mirada también ansiosa, como si yo fuera la solución de su problema.

Insistió con la pregunta.

—Está bien —dije.

El suspiró, satisfecho. Luego apuró el contenido de su vaso y se puso a jugar con él nerviosamente.

Le había dicho que sí porque no tenía ningún otro asunto en cartera y desde luego si no veía el color de su dinero, aún sería tiempo de enviarlo al diablo.

—Me molesta mucho hablar de todo esto, pero es preciso —dijo de pronto—. Helen es una gran chica, al menos eso aparenta, estoy loco por ella..., pero desde que se rae atravesó la idea...

—¿Cuál?

Sonrió algo jactanciosamente.

—Supongo que habrá oído hablar de nosotros, los Maxwell. Mi padre fue el promotor del complejo industrial de Jake Valley...

—Algo he oído, sí.

—Pues bien, verá... He pensado que tal vez ella no sea totalmente sincera conmigo, que vaya detrás de mí por..., por conveniencia. ¿Entiende?

Arqué una ceja. ¿Cómo iba a ir detrás de una familia a la que apenas le quedaba el nombre? Confesárselo así, crudamente, me pareció demasiado brutal. Era un mal inicio de relaciones. Opté por buscar una fórmula más agradable, pero entretanto él agregó:

—Ella procede de Tennessee. Allí, al parecer, trabajó en grupos teatrales *amateurs*. Por fin, un día decidió hacer el petate y venirse acá, a la meca del cine, un poco a ciegas, a lo loco, pues no conocía a nadie... hasta que aparecí yo. Y lo que temo es que esté a mi lado por mis conexiones. De hecho, gracias a mí, ya ha conseguido un buen trabajo para una productora de telefilmes...

Ahora lo comprendí un poco mejor. Pero no me entraba en la cabeza que un hombre como Ronald Maxwell —siempre según los datos que me habían facilitado de él— pudiera andar preocupado por esas cosas. En buena lógica, debía ser al revés. La fama de granuja la tenía él.

—Y todo esto lo hago porque estoy muy enamorado de ella y no quisiera llevarme un desengaño —siguió explicándome, como si adivinara mis pensamientos—. Quiero saber la verdad; eso me dará tranquilidad.

—Muy bien cabeceé, asintiendo, —pero...

—¿Qué?

—Al principio me habló de que no sabía mucho de ella, de que pensaba que podía ocultar algo... Si he de serle sincero, señor Maxwell, no veo muy claro lo que usted realmente desea. ¿Me está diciendo toda la verdad?

—¡Desde luego que sí! —exclamó, dejando por fin de jugar con el vaso. Sus ojos se miraron de una forma que no me gustó—. Si ella se está aprovechando de mí, eso quiere decir que está ocultando algo. Puede ser que tenga un amigo secreto, que su origen no sea Tennessee, no sé... en estos últimos días se me han ocurrido infinidad de ideas. Y no quiero pensar más en ellas porque acabaré loco. Es mejor que usted investigue y averigüe la verdad. Por eso le llamé, señor Markham.

Me aguantaba la mirada, queriéndome convencer de su sinceridad. Pensé que era del género tonto despreciar el trabajo, siempre que pagara, claro.

—De acuerdo —acepté.

—Ahora le hablaré de ella...

Primero le hizo una seña a un camarero y éste comprendió, pues al momento vino con un nuevo combinado. Ventajas de ser cliente habitual...

—¿Usted quiere otro?

—No, gracias.

Bebió un largo trago.

—Dijo que se llama Helen... —le invité a hablar, sacando al mismo tiempo mi bloc de notas y un bolígrafo.

—En efecto —asintió—. Helen Murray es su nombre completo.

—¿Tiene alguna foto suya?

—No —compuso un gesto de pesar—. Pero la podría obtener de los estudios...

—Es igual. ¿Cómo es ella?

—Bueno... Alta, bien proporcionada, de cabellos rubios y ojos verdes, muy hermosa... Tiene veinticuatro años... cuando Gunnison la vio, comentó que tenía figura de modelo. Y es verdad.

—¿Quién es Gunnison?

—El productor al que le recomendé.

—Ya. ¿Y cómo la conoció?

—Fue en una de esas fiestas suntuosas que celebra de vez en

cuando Charles Parker. No sé si habrá oído hablar de él. Es un director de cine bastante extravagante. Celebra las fiestas en los jardines de su mansión y, aparte de las amistades, gusta de invitar a chicas de esas que van buscando una oportunidad —sonrió—. Según él mismo cuenta, es un perfecto sistema para estar rodeado de jóvenes beldades. Luego, a casi ninguna hace caso.

—Curioso.

—Así es este mundo.

—¿Ella era una de esas chicas?

—Efectivamente —cabeceó—. Ella era una de esas chicas que deambulaban por allí luciendo su palmito.

Enseguida me fijé en ella. Trabajamos amistad rápidamente, comenzamos a salir juntos... Ella me contó que procedía de Tennessee, que allí trabajaba como relaciones públicas de una empresa de cosméticos y que colaboraba con grupos de teatro *amateurs*. Al final se dio cuenta que allí no había grandes oportunidades para cumplir con su auténtica vocación, así que decidió venirse acá con sus ahorros...

—Hum. Es una historia creíble. Hay infinidad de chicas así en esta maldita ciudad. Chicas, además, que no verán su sueño cumplido.

—Cierto.

—¿Entonces?

Volvió a beber, sin despegar sus ojos de mí.

—Pero en Helen hay algo más.

—¿En qué basa sus sospechas?

—Pues... nunca me ha dicho el lugar exacto de Tennessee de donde procede. Siempre sonrío y cambia de tema. Por otro lado, su familia parece no existir. Y a veces me da la impresión de que todo cuanto hace y dice es una representación.

—¿Con qué fin? ¿Para que la apadrine?

—Parece lo lógico. Yo me ofrecí a ayudarla y ella aceptó enseguida. ¿Es interés lo que la mueve? Esa pregunta es la que más me atormenta.

—Bien. ¿Dónde vive?

—En el número 156 de Olive Drive, en West Hollywood. Allí ha alquilado una casita... Bueno, en realidad ella vivía en un principio en un modesto apartamento de la Calle Doce. Yo le ofrecí la

oportunidad de trasladarse a un lugar más confortable y apropiado para sus aspiraciones. Momentáneamente la ayudo en pagar el alquiler.

Aquel tipo era toda una caja de sorpresas. No salía de mi asombro. ¿Sería posible? ¿Cómo podía estar equivocado mi informante? ¿De dónde sacaba el dinero, el muy truhán?

—Es usted muy... generoso —le dije con media sonrisa, tras tomar nota de la dirección.

—Sólo espero no haberme equivocado.

Hablaba como un enamorado. Y ni siquiera eso encajaba con las referencias que tenía de él.

—Me dijo que le había conseguido un trabajo, ¿no? —recordé.

—Sí, sí. La presenté a Morton Gunnison, un productor de Metrodynamic, compañía especializada en realizar series policíacas para la televisión. Le gustó enseguida la chica. Dado su buen tipo, llama al momento la atención y es una excelente tarjeta de entrada. Prometió darle pequeños papeles en diversos telefilmes de las distintas series, a ver qué tal lo hacía. Trabaja en los Wendney Studios de North Hollywood. Allí puede observarla.

—Lo tendré en cuenta.

—Pero necesitará un pase para entrar. Tome el mío. Yo ya me procuraré otro.

Lo sacó de su billetera de piel, la cual dejó sobre la mesa.

—Por tanto y resumiendo, quiero que le vigile, a ver si es cierto que aquí no conoce a nadie más, y también que investigue su pasado.

—Esto último será difícil.

—Usted lo conseguirá.

Le agradecí la confianza con una sonrisa, replicando a continuación:

—Lo lógico sería trasladarse a Tennessee..., si supiera el pueblo o ciudad.

—Si lo averigua, Markham, no tendré ningún inconveniente. Todo lo contrario.

—Costaría mucho dinero —objeté.

—No importa. Estoy dispuesto a gastar lo que sea con tal de tranquilizarme.

—De acuerdo.

—Ya que ha sacado el tema del dinero a relucir..., ¿cuáles sus honorarios?

—Cien al día, más gastos —hice una pausa para luego añadir—: Y no admito cheques.

No se inmutó. Abrió la cartera y extrajo un fajo de billetes que me dejó deslumbrado.

Separó unos cuantos, depositándolos frente a mí.

—¿Quinientos le parecen bien para empezar?

—Desde luego —musité sin acabar de creérmelo. Imaginaba que me daría lo justo, tras un tira y afloja, incluso que prometería pagarme al finalizar el trabajo. Pero aquella esplendidez... Parecía imposible que Frank McIntire estuviera mal informado.

—Estaremos en contacto —dejó un nuevo billete para el camarero, después de consultar la hora y ponerse en pie—. Tengo prisa.

Me quedé sentado, tras estrechar su mano, contemplando admirado los billetes. No sé por qué comencé a pensar que detrás de todo aquello había algo más.

CAPÍTULO II

Lo primero que hice fue telefonear a Frank McIntire y recriminarle su información sobre los Maxwell. Eso empañaba su fama de columnista de cotilleo social en el periódico local. —Chico, me dejas de una pieza— me replicó, muy sorprendido—. Me parece un sueño lo que dices. Si no tenían dónde caerse muertos, incluso les deben dinero a sus empleados más allegados, los cuales por fidelidad, siguen a su lado.

—Pues así están las cosas. A Ronald Maxwell parece que le sobra el dinero.

—Como no haya asaltado un banco...

—Déjate de bromas y a ver si te enteras por tus conductos habituales. Tengo curiosidad.

—¡Maldita sea, el detective eres tú!

—Yo tengo otro trabajo que hacer. Además, supongo que esta información te interesa, ¿no?

—*Okay.*

Luego decidí dejarme caer por la Calle Doce y visitar el primer lugar de residencia de Helen Murray tras su llegada de Tennessee.

El encargado del edificio de apartamentos era un hombre de mediana edad, más bien bajo, que me atendió con amabilidad. En un principio creyó que pensaba alquilar uno de los apartamentos libres, pero enseguida le saqué del error. Sus ojos azules perdieron entonces un poco de su viveza.

—Estoy buscando a una vieja amiga. Me dio su dirección por si pasaba por Los Ángeles...

—¡Oh! ¿Quién es?

—Helen Murray.

Hizo un gesto de pesar.

—Lo siento mucho, señor. Ella ya no vive aquí.

—¿Cómo es posible?

—Según me comentó, encontró otro sitio mejor...

—Vaya —musité. Luego chasqueé dos dedos y exclamé—: ¿Seguro que estamos hablando de la misma persona?

—Yo no conozco a otra llamada así.

—Es alta, bien proporcionada, rubia, de unos veinticuatro años...

—Sí, señor.

—Con aspiraciones de actriz.

—Exacto, señor. Y perdió una buena oportunidad al marcharse de aquí.

—¿Por qué?

—Al poco apareció un representante artístico interesado por ella, estuvo hablando conmigo y algunos vecinos, pero nadie sabía de ella. Ni siquiera nos dejó su nueva dirección...

—¿Quién era ese hombre? Tal vez yo pueda contactar con ella y comunicarle lo de ese representante.

—Dijo llamarse Elmer Foster. Era más joven que usted, muy moreno, con una curiosa verruga bajo la oreja derecha...

—¿No tenía ella ninguna amistad?

—Eso mismo nos preguntó ese joven. Ella parecía más bien una chica solitaria. Bueno —rectificó al momento— como llevaba poco tiempo aquí y no conocía a nadie...

—Desde luego —asentí—. Es lo malo de venir tan lejos, al albur. Ella y yo somos del mismo pueblo, ¿sabe? Allí todos esperamos, para orgullo nuestro, que se convierta en una gran actriz. ¿No le dijo el nombre de nuestro pueblo?

—Sólo me contó que procedía de Tennessee...

—Oh, vaya. En fin —consulté mi reloj—, tengo que irme. —Celebro haberle conocido, amigo. Gracias por todo.

—No hay de qué. Pero oiga, ¿cuál es ese pueblo? —me preguntó cuándo ya daba media vuelta.

—Janesvillele contesté muy convencido. El se quedó con cara de no haberlo oído en su vida.

Desde luego, Ronald Maxwell le había escogido un bello y elegante lugar para vivir. Todo aquel barrio denotaba categoría. No podía equivocarme mucho si pensaba que una de aquellas casitas coquetonas, casi todas iguales, de una sola planta, encaladas, protegidas por un techo de tejas rojas y rodeadas de un amplio

jardín, garaje incluido, debía costar un ojo de la cara y parte del otro.

La que correspondía a Helen Murray aparecía con todas las ventanas cerradas. No daba la impresión de que hubiera nadie. Respiraba quietud, silencio.

No hizo falta que me molestara en hacer la comprobación porque un par de golfillos pasaron en ese momento por allí, riendo, y pulsaron el botón de entrada, echando a correr seguidamente.

Nadie salió. Era lógico. Helen Murray debía hallarse en los estudios.

Descendí del auto con el propósito de darme un garbeo; también porque en la acera de enfrente había visto un teléfono público.

Desde una casita vecina, me observó fijamente una mujer pelirroja, tras abandonar el cuidado de su jardín. No le hice caso de momento y alcancé el teléfono.

Poco después, entraba nuevamente en comunicación con la redacción del *Los Ángeles Times*. Cuando Frank McIntire supo quién era, puso el grito en el cielo.

—¿Te crees que soy Speedy González?

—Atiende, muchacho. Se trata de otra cosa.

—¿Qué?

—Me gustaría información de un representante artístico llamado Elmer Foster.

—Oye, ¿por quién me has tomado?

—Por un buen amigo. Acuérdate que cuando nos volvamos a ver, te invite a una copa.

Hasta que tengas noticias.

Le colgué antes de que se pusiera a chillar. Sonriendo, me encaminé hacia el coche.

La vecina pelirroja continuaba observándome. Decididamente enfilé mis pasos hacia ella.

Tal vez hubiera trabado alguna amistad con Helen Murray.

Al ver que yo me desviaba del coche, sonrió levemente. Luego, llegó a la verja al mismo tiempo que yo.

Era una mujer de unos treinta años de edad aproximadamente, de estatura regular, pechos opulentos y abundantes joyas en su cabeza, cuello y brazos. No era atractiva, ni siquiera monina. —Hola— saludé.

—¿Qué hay? —Sacudió su larga melena de fuego, tal vez lo más cuidado y hermoso de su persona.

—Estoy interesado en alquilar una casita de éstas..., ¿sabe a quién debo dirigirme?

—Tendrá que hablar con el administrador. Yo tengo su teléfono. Pase.

—No. La espero aquí.

Hizo un mohín de disgusto, dando media vuelta y alejándose hacia el interior con un rítmico contorneo de caderas, especialmente dedicado para mí.

La aguardé a pie firme mientras admiraba las bellas flores que adornaban el jardín. Cuando regresó un par de minutos más tarde, traía consigo un pequeño papel en el que había anotado un número telefónico y un nombre.

Hay dos o tres desocupadas por aquí —dijo el tiempo que me lo entregaba, arañándome ligeramente con sus largas uñas—. Espero que le guste alguna y seamos vecinos. Esto está aburrido últimamente.

Sonreí. Era la mía.

—Ésa por ejemplo me gusta —señalé la que correspondía a Helen Murray.

—Desgraciadamente está ocupada.

—Al verla toda cerrada... —me justifiqué.

—Si hubiera aparecido un poco antes... Precisamente la ocuparon hace unas escasas fechas. Una actriz.

—¿Alguien importante? —indagué, viendo que se abría el camino hacia lo que me interesaba—. Soy un gran apasionado del cine...

—Es una de esas que empiezan —hizo un gesto de desdén—. Su nombre es Helen Murray, seguro que en su vida lo ha oído. ¿O me equivoco?

—No.

—Pero, como todas, ya se tiene la lección muy bien aprendida. Nada más llegar organizó un pequeño escándalo a raíz de un frustrado robo a su casita. Yo creo que todo fue un ardid publicitario, para llamar la atención. Y además ya tiene su amiguito, como todas, que la trae y la lleva. Es la única forma de ir subiendo.

—Si —conviene.

—Ese Maxwell es un granuja de cuidado...

—¿Quién es Maxwell? —Procuré componer una mueca de total ingenuidad.

—¿No ha oído hablar de Ronald Maxwell senior? —se sorprendió, para luego sonreír comprensiva y agregar—: Claro, si no es usted de aquí... Ronald Maxwell senior fundó un emporio industrial, sobre todo en la zona de Los Ángeles Oeste. Luego murió y la viuda y los hijos se encargaron de tirar la casa por la ventana, como vulgarmente se dice. Yo tuve algún trato con ellos en una época, principalmente con la viuda. Es una mujer sin clase, desde luego, de las que se les sube el dinero a la cabeza. La hija es una niña tonta que siempre va detrás de su hermano. Y el hijo un caradura de mucho cuidado. Precisamente cuando buscaban una casita para alquilar, yo les recordé esta barriada y alquilaron ésa —me señaló la de Helen Murray—. Pero resultó que era para que el muchacho trajera a sus amiguitas. Incluso en alguna ocasión venía también la hermana y no sé qué clase de «reuniones» montaban. Luego, cuando las cosas les fueron mal, la dejaron. Y ahora el muchachito ha vuelto a las andadas.

—¿Ya les van bien las cosas?

—No lo sé. Por lo que me han contado, la viuda va detrás de Benson Travers, un conocido multimillonario, también viudo, de la promoción de su esposo, con el fin de pescarlo, no para ella, porque ya tiene poco que ofrecer, sino para su hija. Posiblemente Travers pique por la juventud de Peggy. Sería una forma de resolver todos sus problemas y asegurarse definitivamente el futuro.

—Curiosa familia —comenté—. No parece que le caigan muy bien.

—Discutimos hace tiempo. Y fue por culpa de la casita. Un día, una noche mejor dicho, montaron un escándalo tremendo. No paraban de chillar. Enfadada, llamé a la policía y los denuncié. Al parecer estaban peleándose Ronald, su amiguita de entonces y la hermana de él. Aún me parece ver a las dos muchachas, cada una agarrada a los pelos de la otra, sin que los policías pudieran separarlas... Por supuesto, no les hizo la menor gracia que les denunciara y les hiciera pasar un mal rato en el Precinto. A partir de entonces nuestras relaciones sé acabaron. ¡Bah, al diablo se

vayan!

Me abaniqué con el papelito.

—¿Y la chica tampoco le cae bien?

—¿Esa principiante? La verdad es que no la he tratado mucho. No parece mala chica. En el fondo, me da pena. La mayoría como ella acaban siendo unas desgraciadas.

—Sí —admití—. Pero tal vez merezca la pena conocerla por si un día resulta ser una Jane Fonda.

—A ésta le falta el padre —me replicó—. Según me contó, procede de una familia sencilla, humilde, del Este. Es de esas chicas que han abandonado el hogar guiadas por un sueño...

—Entonces, ¿no es de California?

—Me habló de Tennessee.

—Conozco ese Estado. He vivido allí. ¿De dónde exactamente?

—No me lo dijo. Desde luego, tiene buen tipo y es guapa; supongo que mientras le dure todo eso no le faltará el pan.

—Sí —cabeceé, decidiendo que era hora de cortar. Nadie parecía saber mucho más que mi cliente. Posiblemente todo fueran suposiciones tuyas—. Bien. Me voy.

—Si alquila una casita, visítame, ¿eh? Soy Clarissa Hutton. Tengo mucho tiempo libre. —La recordaré.

Con el pase de Ronald Maxwell no hubo inconveniente alguno para entrar en los Wendney Studios. Iba firmado por el propio Morton Gunnison, el productor, y no estaba a nombre de nadie. Podía ser utilizado por cualquiera que lo poseyera.

Por supuesto, aquéllos no eran los pomposos estudios de las grandes productoras que no se hallaban muy lejos de allí. Unos cuantos decorados movibles, unas pocas calles de ficción, varios set de rodaje, edificios de oficinas... Me di una vuelta por allí, observándolo todo detenidamente, con curiosidad.

No tuve la suerte de ver a Helen Murray. Después de mis primeras pesquisas, creía ya llegado el momento de ocuparse directamente de ella. Es decir, de convertirme en su sombra y vigilar todos sus movimientos.

Había sacado una conclusión: no creía que Helen Murray fuera una farsante en cuanto a su personalidad; todo lo más podía suceder que estuviera tomando el pelo a mi cliente, aprovechándose de él para promocionarse, encontrar trabajo, situarse y todo eso.

No era nada raro, por otro lado. Hay montones de chicas que lo hacen todos los días en esta ciudad.

Acabé en el bar, bastante poblado de gente. Había de toda laya, incluso hombres y mujeres vestidos como en la época del Oeste.

Al acomodarme en la barra, lo hice entre dos sujetos jóvenes, vestidos de *sport*, que hablaban entre sí.

—¿Te has fijado en la nueva? Mientras cuidaba de los focos, no le quitaba ojo...

—¿La recomendada de Gunnison?

Escuchar esto me hizo agudizar el oído. El *whisky* con hielo que había pedido se quedó sobre el mostrador.

—Sí, esa tal Helen Murray que hace el papelito de fulana en el *thriller* que dirige Sam Levinson. Es una tía cañón.

—Gunnison se las sabe buscar.

—Al parecer no es amiguita suya.

—Hum...

—De veras.

—No tardará, no tardará...

—¡Ey, ya está bien de hablar de la muchacha con vuestras sucias lenguas! —tronó entonces la voz de una mujer de cabellos dorados, algo entrada en carnes y también en años, pero con cierto atractivo aún. Había llegado hasta ellos escuchando la parte final.

—Pareces su madre, Susan —le echó en cara uno, riendo.

—Es una buena chica, no tiene experiencia y necesita alguien que la proteja de los tipos como vosotros. —¡Uuuuh! ¡Qué miedo!

Los dos estallaron en risotadas. Ella tomó su vaso y los dejó por imposibles. Durante unos instantes la estuve observando, sentada sola junto a una mesa.

Finalmente me decidí.

—Hola —saludé al llegar a su lado.

Alzó la mirada.

—¿Qué hay?

—Escuché la conversación sin querer —ladeé le cabeza hacia donde se encontraban los dos jóvenes, quienes todavía reían, posiblemente de nuevas guasas—. ¿Es usted por casualidad amiga de Helen Murray?

—La conozco.

—Con permiso —dije, sentándose frente a ella.

—¿Quién es usted?

Bebí un trago y luego sonreí amigable.

—Yo..., yo la he visto, ¿sabe?, y he quedado admirado —
expliqué, jugueteando nervioso con mi vaso—. Me gustaría saber de
ella. Estoy aquí de visita.

—Oh...

Le enseñé el pase. Aún se sorprendió más, musitando:

—Nada menos que Gunnison... —Me miró fijamente el tiempo
que me lo devolvía—. Debe ser usted muy importante.

—Psé... —Quitó valor a la cosa.

—El se la puede presentar.

—¿Usted cree? —Me hice el incrédulo.

—Seguro.

—Pero antes me gustaría conocer algunas cosas de ella... para
hacerme una mejor idea, ¿sabe?

—Pues nada mejor que hable con Helen —sonrió—. ¡Mire, ahí
viene! Se la presentaré.

CAPÍTULO III

Al ver a Helen Murray, pensé en esa frase tópica que dice que la realidad puede superar a veces la más fabulosa imaginación.

Con los datos que me había proporcionado mi cliente, yo me había formado de ella una idea bastante distinta a la que ahora tenía delante.

Mejor dicho: una idea bastante pobre.

Helen Murray era mucho más que una muchacha de veinticuatro años, alta, bien proporcionada, rubia. Era todo un monumento de carne y hueso, excelentemente moldeado, con unos detalles y relieves que quitaban el hipo.

Sus cabellos eran rubios, sí, pero largos y sedosos, cayéndole en dorada cascada sobre la espalda. Poseía unos maravillosos ojos verdes, grandes, rasgados, de pupilas brillantes. La nariz era recta y fina. Y su boca presentaba unos labios de trazo perfecto, rojos como la grana.

—Helen, mira, aquí tienes un admirador —decía mi compañera de mesa—. ¿Cómo se llama usted?

Yo seguía prendado de toda ella. Su cuerpo era armonioso, curvilíneo, como el de una modelo ideal.

—Eee... —Salí de mi abstracción—. Steve, Steve Markham...

—¡Hola! —saludó ella jovial, sonriendo maravillosamente, de una forma que subyugaba—. Tiene un pase firmado por el señor Gunnison —explicó la otra rápidamente—. Y precisamente estábamos hablando de ti cuando apareciste.

—Me alegra conocerle, señor Markham —dijo Helen, alargando su diestra—. Es usted mi primer fan.

—Puede llamarme Steve.

—Bien. Os dejo —apuró su copa nuestra presentadora—. Tengo cosas que hacer. Helen Murray ocupó su sitio, cara mí. Permanecimos unos instantes en silencio, sin saber qué decir. Al

final le pregunté si quería tomar algo.

—Un refresco de limón.

Se lo encargué al camarero. Luego, otro silencio. Pero ahora fue ella quien lo rompió.

—¿Así que conoce al señor Gunnison...?

—No personalmente —expliqué. No quería pillarme los dedos—. Soy amigo de un amigo del señor Gunnison.

—¡Oh!

—¿Es usted amiga suya?

—No. Yo también soy amiga de un amigo del señor Gunnison.

Nos echamos a reír. El diligente camarero vino con la bebida para ella.

—¿No será el mismo amigo? —Me permití el atrevimiento, de una forma cínica.

Ella se humedeció los labios con el refresco.

—El mío se llama Ronald Maxwell.

—No, no es él.

—Hubiera sido demasiada casualidad.

—Sí.

Bebí un trago de *whisky* aguado, chasquéé ruidosamente la lengua y agregué:

—Bueno, no sabe lo emocionado que estoy de conocerla. La vi actuar hace un rato y me pareció encantadora.

—Oh, no diga eso. Me va a hacer creer que soy una gran actriz. Y sólo soy una principiante.

—Llegará, llegará. ¡Por usted! —Le dediqué el siguiente trago, entrechocando los vasos.

—Gracias —sonrió divinamente.

Le puse una mano encima, muy entusiasmado. Ella no se mostró recelosa.

—Quiero conocer cosas de usted. Todo.

—Ya demasiado de prisa.

—Siempre me ha gustado la velocidad. ¿Quién es Helen Murray?

—Una muchacha sencilla.

—Pero con alguna ambición...

—Desde luego. Tengo el propósito de abrirme camino en este mundo del espectáculo, por muy duro que sea, y pienso conseguirlo.

—Pero de algún sitio habrá salido usted.

—Por supuesto que sí.

—¿Cuál es ese cielo?

—Tennessee.

—Tennessee es un Estado muy grande —objeté.

—No quiero recordar aquello —escabulló su mano—. El día que me fui de casa, juré olvidarlo. Todo: familia, amigos, pueblo... Quería iniciar una nueva vida. Y eso es lo que estoy haciendo.

—Hum.

—Hablemos del presente.

Era dura de roer. Fastidiado, me bebí de un golpe el resto de mi vaso.

—Apenas me ha hablado de usted.

—Yo sí que no tengo historia.

—Todo el mundo la tiene.

—Quiero decir que no es nada interesanteeee. Soy un simple ejecutivo de una empresa. Hoy tenía el día libre y he venido a visitar esto. En realidad, me aburro. Estoy bastante solo. Ésa es la verdad de mi vida. —Me está poniendo triste— se quejó.

—¿Por qué no nos vamos de aquí? —propuse—. ¿Ha terminado ya por hoy?

—Sí.

—Pues vamos.

—¿No le interesa ver más cosas de los estudios? —Ya he visto todo lo que tenía que ver. ¡Al diablo lo demás!

Ella volvió a sonreír.

—¿No estará comprometida? —pregunté cuando ya nos alejábamos en mi coche de allí.

—No. Soy libre.

—Estupendo —dije, mientras pensaba en mi cliente. Aquello era excitante e intrigante a la vez.

La llevé a un pequeño y curioso antro más abajo del Coliseum, cercano a la 46th Street. Allí había poca luz y sólo se podía beber licor.

Pensé que tal vez de esa forma podría ablandarla. Ella prefirió ginebra y comenzamos con la ginebra. —¿Conocías a alguien aquí? —inicié el tuteo.

—¿Qué?

—Si viniste a Los Ángeles a lo que cayera, o ya tenías algún

conocido...

—Oh, no. Vine al albur.

—Muy arriesgado. Supongo que aquí contactarías con algún representante artístico.

—Tampoco.

—Entonces, ¿cómo te metiste?

—Fue de lo más curioso. Conocí a un par de chicas como yo. Una de ellas oyó hablar de la fiesta de Charles Parker, ese director tan famoso..., invitaba a chicas con aspiraciones de actriz, bebida y canapés gratis y además la oportunidad de que alguien se fijara en ti y te diera ocasión de demostrar tu valía. No nos lo pensamos mucho y fuimos de cabeza. Allí conocí al que te nombré antes, Ronald Maxwell, amigo del productor Gunnison. Ronald se está portando muy bien conmigo; gracias a él he encontrado lo que ahora tengo. Y estoy contenta.

—Lo celebro. Anda, brindemos.

De la ginebra pasamos al *whisky*, pero todo continuó igual. Ella esquivaba cualquier referencia a su pasado, a su vida anterior. Y todo cuanto le había acontecido en Los Ángeles parecía la mar de normal, encajando con la historia de mi cliente. De vez en cuando, entre pregunta y pregunta, para disimular, le contaba algún chiste. Ella se reía mucho mientras yo maldecía mi suerte.

—Cuéntame, cuéntame otro —decía con voz estropajosa pegándose a mí.

Y se lo contaba.

Pero no sacaba nada en claro. Ella se encontraba ya como una cuba, valga la expresión, deliraba, decía incoherencias, pero por su encantadora boquita no salía nada de lo que me interesaba.

Llegué a pensar que las sospechas de mi cliente eran infundadas, me sentí como un canalla viéndola dar cabezadas y reír estúpidamente y decidí ponerle fin a todo llevándomela de allí.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

—No te lo diré...

—Vamos, mujer.

—No te lo diré...

Cualquiera razonaba con ella, tal como estaba. La maldije. No podía llevarla a su casa sin que me diera la dirección porque entonces me descubriría. Opté entonces por trasladarla a mi

apartamento y esperar a que la borrachera cediera.

Prácticamente la tuve que subir en volandas. Luego la acomodé sobre mi cama, dejándola dormida como una bendita.

Me fui a la cocina y me entretuve preparando una cafetera. Con ella y una taza regresé más tarde al dormitorio, dispuesto a que ella trasegara una buena cantidad de la infusión.

Helen me miró con ojos algo turbios, tras despertarla. Le hice beber casi a la fuerza el café, derramando buena parte sobre la cama, cosa que me molestó sobremanera. Al final se quedó nuevamente dormida.

Tomé asiento en el *living*, encendí un cigarrillo para templar mis nervios y me puse a pensar sobre cuánto había acontecido, mientras la tarde moría a través del ventanal.

No saqué nada en claro a pesar del tiempo que transcurrió. Me asomé al dormitorio. Ella continuaba durmiendo.

Fui otra vez a la cocina, en esta ocasión para prepararme unos huevos revueltos con jamón. Y poco después cenaba mientras veía una vieja película del Oeste por la televisión, *The Bravadas*, con Gregory Peck, Joan Collins y Stephen Boyd.

Retomé a echarle una mirada. Continuaba igual. Resignado, me decidí a preparar el diván para dormir allí.

Lo tenía ya todo listo cuando la puerta del dormitorio se abrió y apareció ella.

—Hola.

—¿Qué hay? ¿Cómo estamos?

Hizo un gesto de pesar.

—Te he estropeado la noche.

—No, qué va.

—Lo siento.

—La culpa fue mía. Te dejé beber demasiado. Pensé que tendrías más aguante. Hubo un breve silencio. Ella parecía bastante recuperada, desde luego tan hermosa como siempre.

—Bueno —dijo—. Me iré a casa.

—¿Sabes la hora que es?

—No.

—La una de la madrugada.

—¡Oh!

—Anda, regresa dentro.

—Con una condición.

—¿Cuál?

Esbozó una sonrisa.

—Que duermas conmigo.

—Pero...

—No voy a permitir que pases el resto de la noche en ese incómodo diván.

—Y a lo he hecho otras veces.

—No serían ellas como yo. Ven.

Lo dijo de una forma que me produjo un cosquilleo especial. Me miré las puntas de los zapatos, luego la miré a ella, conté tres, tuve un recuerdo para mi cliente y fui. Por supuesto, no nos limitamos únicamente a dormir...

CAPÍTULO IV

Se fue de mi apartamento por la mañana, muy temprano, pues el trabajo comenzaba a primeras del amanecer. No quiso que yo la llevara a los estudios, tomaría un taxi. Así que me quedé un rato más en la cama, satisfecho y feliz. Prefería no pensar en el asunto, sólo en ella, en sus palabras y en sus caricias. Pero desgraciadamente lo otro también existía.

Lo tuve que afrontar cuando llegué a mi oficina. El teléfono sonaba.

Era mi cliente.

—¿Qué ha averiguado? —me preguntó sin saludar siquiera, con un tono de voz impaciente y autoritario a la vez.

—No mucho —le respondí mientras me dejaba caer pesadamente sobre el sillón giratorio.

—¿Cómo es eso?

Compuse una mueca.

—Bueno, no me he explicado bien, señor Maxwell. Me he movido bastante, he hablado con gente de su entorno, incluso con ella misma..., pero los resultados han sido negativos. O ella hace muy bien el papel, o sus sospechas son infundadas.

—Hummm...

—Usted decide si sigo o no.

Se lo dije con la esperanza de que me retirara del caso. No quería engañarle ni tampoco engañar a la muchacha. Me sentía peor que un canalla.

—Continúe —decidió—. Esos quinientos aún darán para más, ¿no?

No me acordaba del dinero.

—Desde luego —reconocí.

—Bien. Anótese mi teléfono por si hubiera algo urgente. Me olvidé de dárselo el otro día.

Lo hice y me despedí. Seguidamente encendí un cigarrillo y aspiré profundamente. Aquél era un maldito y estúpido lío. Mi cliente sospechaba que su chica le ocultaba algo, yo no lograba averiguar nada y acababa acostándome con ella, sin decirle nada a él. Por otro lado, ¿qué clase de muchacha era Helen? De lo ocurrido hasta ahora se podía desprender que su unión con Ronald Maxwell sólo era por interés; no había tenido ningún remilgo conmigo, incluso me había confesado que era libre.

Acabé el cigarrillo y tomé nuevamente el teléfono. Poco después entraba en comunicación con la redacción del *Los Ángeles Times*.

Enseguida tuve a Frank al aparato. Ya tenía noticias frescas para mí.

—Ese tal Elmer Foster no existe, al menos como representante artístico.

—¿Seguro?

—Incluso hablé con Lewis Lanthrop, del sindicato. Elmer Foster no existe.

—Ajá. ¿Y sobre Maxwell?

—Pues sí, es cierto. Ahora tiene dinero. Está liquidando algunas de sus deudas.

—¿Se sabe de dónde sale el dinero?

—Según sus amistades, parece ser que del juego. Le gusta jugar a las carreras de caballo.

—¡Qué curioso! Bien. Gracias, Frank.

Colgué, pensativo. No me había cogido de sorpresa la revelación sobre el falso representante artístico. Ella había confesado no haber tenido relaciones con ninguno. Si el tal Elmer Foster era en realidad lo que decía, hubiera investigado más a fondo y fácilmente habría dado con ella, sobre todo ahora que trabajaba en los Wendney Studios. Por tanto, al tal Elmer Foster le había movido otro interés, posiblemente el mismo que a mí, saber sobre ella. De pronto, me vino a la cabeza el comentario de Clarissa Hutton acerca del fallido asalto a la casita de Helen. Eso podía ser algo más que un pretendido robo. El supuesto ladrón podía querer también saber de ella. Lo que me llevaba a la conclusión de que al menos tres personas en breve espacio de tiempo habían mostrado interés por Helen: el tal Elmer Foster, el ladrón y yo, en representación de Ronald Maxwell.

¿Por qué despertaba ese interés la muchacha?

Preocupado, decidí continuar con la farsa, a la espera de algún movimiento en falso, así que me presenté nuevamente en los estudios. De todas formas, justo es reconocerlo, me apetecía mucho volverla a ver.

Ella pareció alegrarse con mi visita.

—Tendré que hacer una llamada.

—Si tienes algún compromiso, por mí...

—Nada importante.

No sé por qué presentí que se trataba de mi cliente.

Y me lo imaginé escuchando de mala gana una excusa.

Como hacía un espléndido día, nos fuimos a la playa, escogiendo la de Pacific Palisades. Hicimos un recorrido maravilloso desde los estudios hasta la playa, gracias al Laurel Canyon Boulevard primero y después al Sunset Boulevard, atravesando Beverly Hills, Bel Air, Brentwood Heights..., todo un trazado sinuoso entre bellas colinas y fantásticas mansiones.

Yo traté de sonsacarle algo durante nuestra estancia allí, haciendo alguna que otra pregunta interesada de vez en cuando, pero ella se mostró firme con su historia. Insistir más hubiera sido llamar la atención, así que me tuve que resignar por aquel día. Pero a pesar de eso, las horas que pasé junto a ella fueron la mar de agradables.

Por la noche mi cliente echaba chispas, una vez le puse en antecedentes.

—Le estoy cediendo el terreno para nada, Markham. ¿Qué es lo que realmente hace?

La pregunta me hizo mella.

—Trato de obtener la información que usted quiere, señor Maxwell, pero es imposible. Yo creo que dice la verdad y todo son suposiciones tuyas.

Resopló a través del hilo.

—¡Siga!

Y seguí.

Un día, otro... Nuestras relaciones, conforme pasaba el tiempo, se iban haciendo, sin apenas proponérmelo, más sólidas, y todo cuanto sucedía me producía un daño horrible, sobre todo cuando me quedaba solo y reflexionaba.

Al cuarto día ocurrió algo fuera de lo normal. Ella me pidió que la llevara a la oficina de Correos, pues tenía que recoger un paquete.

Lo hice.

Yo me quedé en el coche, esperando. Ella regresó con una especie de cajita cuadrada entre las manos, y muy sonriente y dichosa.

—¿A casa?

—Sí.

De vez en cuando miraba de reojo el paquete. ¿Quién se lo habría enviado? Ahí podía haber una pista, una forma de comprobar su auténtica identidad.

La llevé hasta su casita alquilada, aparcando un poco más arriba, no fuera a verme Clarissa Hutton y todo se embrollara aún más.

Como despedida, la atraje hacia mí para besarla..., pero con tan mala idea que conseguí que el paquete se le cayera de las manos.

—Oh, lo siento...

Rápidamente, adelantándome a ella, lo cogí.

—Toma.

Se lo entregué de forma que pudiera leer el remite. Todo quedó grabado en mi mente. Le di finalmente el beso.

—Hasta mañana, Steve.

—Sí, querida.

La vi alejarse hacia su casita. En cuanto hubo desaparecido de mi vista, saqué mi bloc de notas y garabateé cuánto había memorizado.

Poco después entraba en comunicación telefónica con mi cliente.

—¿De dónde? —me preguntó con un hilo de voz, como si esperara haber escuchado mal anteriormente.

—Miami.

—¡Miami! —exclamó. Y luego inquirió ansioso—: ¿De quién era el paquete ese?

—Alguien llamado A. Neville. Me apunté también su dirección.

—¡Vaya allí!

—¿A Miami?

—Sí.

—Pero el dinero...

—No es problema. Le daré lo que necesite. Tengo una cita en

Malcolm's.

Acuda allí dentro de media hora. Quiero que salga esta misma noche. Vaya encargándose el billete para el primer vuelo que parta hacia Miami.

—*Okay.*

Colgué preguntándome por qué le había excitado tanto la ciudad de Miami.

Entre preparar un maletín con las cosas imprescindibles para el viaje, reservar el billete (había un vuelo que salía a las veintidós treinta), pensar si debía o no llamar a Helen para despedirme para finalmente decidir que no, que al regreso me excusaría con cualquier cosa, y trasladarme con el coche hasta el centro de Los Ángeles, donde se encontraba el bar, tardé más de media hora.

Ronald Maxwell ya se encontraba en la barra, como el primer día, pero en esta ocasión no hacía más que consultar su reloj de pulsera y beber.

El ambiente del local era más ruidoso que la otra vez, posiblemente porque había mayor clientela. Observándola, uno se daba cuenta de que estaba fuera de lugar.

Cuando llegué junto a Maxwell, el camarero le ponía un nuevo vaso diciéndole:

—Es el tercer *whisky* ya, míster Maxwell...

Mi cliente no le hizo caso porque ya tenía la mirada fija en mí.

—¡Ah, Markham, creía que no aparecería!

—Siento haberme retrasado.

—¿Ha conseguido pasaje?

—Sí.

—Estupendo —sacó su billetera con cierto nerviosismo—. Acabemos, Estoy esperando a un amigo...

Me entregó un montón de dinero. Conté dos mil quinientos dólares. Estaba asombrado porque en la billetera al menos quedaron otros tantos. Pensé que debía probar suerte con las carreras de caballos.

—Investigue a fondo, Markham.

—Lo haré —prometí.

—Tal vez esa persona pueda confirmarle la verdad sobre Helen Murray.

—Es lo que espero.

—Y recuerde que esto es absolutamente confidencial.

—Por supuesto.

Ronald Maxwell miró por encima de mi hombro y levantó las cejas en saludo a alguien.

—Bien, Markham. Téngame al corriente.

Me dio la mano como despedida. Al volverme, me encontré con un tipo joven que aguardaba. Era muy moreno y elegante, de pelo rizado y ojos negros. Me resultó vagamente familiar.

Pero sólo cuando estuve en el aire, tras haber dejado el coche en el *parking* del aeropuerto, ya rumbo a Miami, supe por qué me había llamado la atención. Tenía una verruga bajo la oreja derecha.

CAPÍTULO V

Llegué a Miami bastante preocupado. Durante el viaje en avión no había hecho más que pensar en el asunto, darle vueltas una y otra vez. Todo aparecía confuso, turbio, incluso en algunos puntos incongruentes.

Curiosamente, empezaba a recelar más de mi cliente que de Helen Murray. Ella parecía una chica sincera, alegre, en busca del éxito, como tantas y tantas chicas llegadas a Los Ángeles. ¿Qué podía ocultar?

En cuanto, Ronald Maxwell era un pozo de intrigas. ¿Por qué esa tozudez acerca de Helen? Aparentemente no había nada. Sólo se basaba en presentimientos. ¿O acaso sabía algo que no me había dicho? Por otro lado, ¿realmente apostando en las carreras de caballos se había hecho rico de pronto? ¿Y por qué se había excitado al nombrarle la ciudad de Miami?

No cabía la menor duda que Miami le había alterado. Tal vez la importante ciudad del estado de Florida significaba algo para él. Lo cual me inquietaba porque eso me hacía pensar que Helen podía tener algo que ver.

Y no debía olvidar al tipo joven y moreno de la verruga bajo la oreja derecha, que parecía ser amigo de mi cliente. Al pensar en él, las cosas se me hacían más oscuras. Elmer Foster, como representante artístico, no existía. ¿Era ése el verdadero nombre del sujeto o era falso? ¿Por qué se había interesado por Helen? ¿Cuál era su relación exacta con mi cliente? ¿Sabía éste que había estado haciendo preguntas sobre la muchacha?

Desde luego, cuando regresara a Los Ángeles tenía que aclarar todos esos puntos.

Miami aparecía como una ciudad tranquila, medio dormida bajo un cielo azul y un primoroso sol. Como quería ir directo al grano, tomé un taxi y di la dirección de marras. Tal vez pudiera regresar

esa misma tarde. El sueño no contaba. Estaba acostumbrado a pasar cuarenta y ocho horas sin dormir, si era preciso. Y ahora tenía que aprovechar la diferencia horaria existente.

La dirección correspondía a unos *bungalows* sitos a la altura de la North West 62nd Street. Apenas pude hacer algo porque nada más puse los pies en tierra tropecé con el encargado del lugar.

Era un sujeto macizo, de rostro pétreo. A pesar de ese imponente aspecto, se mostró amigable.

—¿*Bungalow*, señor?

—No, gracias —sonreí—. Estoy buscando a Neville. Me dijo que vivía aquí.

—¿Neville?

—Sí.

—No quería cogerme los dedos con el nombre, tampoco sabía si era hombre o mujer.

—Ah, ya. Se referirá usted a la señorita Alma Neville, ¿verdad?

—En efecto.

El nombre coincidía con la inicial.

—Lo siento. No está.

—Maldita sea —compuse un gesto de fastidio nada teatral—. ¿Se encuentra fuera? —No, no. Está trabajando. No volverá hasta la noche, posiblemente. ¿Quiere algún recado? Yo...

—Es personal.

—Oh...

—Y urgente —agregué—. ¿Sabe dónde podría encontrarla?

—¿Es que no sabe nada de ella?

—Vengo de California —improvisé—, una amistad común me encargó que le diera un recado.

—Disculpe, señor. Era sólo curiosidad —se rascó una patilla—. Ella es modelo y trabaja en una casa de modas. Filomena, propiedad de una sudamericana.

—¿Cuál es la dirección?

La casa de modas ocupaba casi toda una manzana de la North West 10th Avenue. Un monumental edificio de cristal y acero encarado al Henderson Park y al Victoria Hospital.

Sólo los rótulos anunciadores ya apabullaban.

Las visitas se llevaban allí de una forma estricta. No tuve suerte.

Según me explicó la recepcionista, una atractiva pelirroja de

ojos claros, no podía pasar, lamentándolo mucho, si no era con un permiso especial. Respecto a Alma Neville, en esos momentos se encontraba probando una serie de vestidos y no estaría libre hasta dentro de un tiempo.

Me quedé chasqueado ante su rigidez, sin saber qué hacer. Ella me sonrió.

—Si quiere esperar...

Me señalaba al mismo tiempo el amplio vestíbulo, sus divanes, mesitas, cuadros, fotos... Le agradecí la sugerencia con una falsa sonrisa. Seguidamente encendí un cigarrillo y me puse a pasear. Sólo se me ocurría una cosa: esperar.

Me dio por observar las fotos, era una forma de matar el tiempo. No me apetecía sentarme y hojear revistas de modas; ya había estado bastante tiempo sentado en el avión.

Todas las fotos correspondían a modelos luciendo vestidos de la firma. Ninguna de ellas desmerecía en tipo y belleza. Por otro lado, las prendas que vestían les sentaban como anillo al dedo.

De pronto, me detuve ante una de ellas. La observé fijamente, incluso achiqué los ojos para mirar mejor. Era una muchacha alta, escultural, de cabellos negros como ala de cuervo y ojos grandes, oscuros. Había en ella algo familiar para mí, su figura, los detalles de su rostro, la nariz, la barbilla...

—Imposible —musité al pensar que ella pudiera ser Helen Murray. Ésta era morena, pero el parecido...

Estuve observándola más y más, casi comiéndomela con la mirada.

A mi mente vino entonces una frase que había oído de labios de mi cliente el primer día que nos vimos en el bar. «Cuando Gunnison la vio, comentó que tenía figura de modelo». ¡Modelo! ¡Y los productores tienen buen ojo!

Yo apostaba un brazo a que era ella.

—¿Le ocurre algo a esa foto? —preguntó detrás de mí la encargada de recepción.

—¿Eh...? —me volví sorprendido.

—No tengo allí mucho trabajo y le he visto tan obsesionado por esa foto... ¿Puedo ayudarle?

Había un cierto tono burlón en sus palabras. Hice caso omiso y pregunté:

—¿Sabe quién es ella?

—Desde luego —me sonrió—. Una de nuestras modelos.

—Lo imagino. Me refería al nombre.

—Ada Cummings.

—Ada Cummings... —murmuré—. ¿Está segura?

—Oiga, estoy harta de verle por aquí. A ella y a las demás. Sus rostros los tengo tan vistos como las uñas de mis manos.

—Me parece familiar —comenté.

—Si es conocido de Alma Neville, no es de extrañar. Ellas son amigas íntimas. Van juntas a casi todos los sitios.

—Ah, debe de ser de eso. ¿Está ella también aquí?

—¿Ada?

—Claro.

—No. Se encuentra libre, de vacaciones. Se le concedieron tras la tragedia. Quedó muy aplanada.

—¿Tragedia? —pregunté al momento, una ceja arqueada. Presentí que estaba cerca de algo muy importante.

—Sí. Su madre murió..., se suicidó.

—¡Vaya! ¿Cómo fue?

—Pues... se tiró desde el balcón de su casa. Diez pisos, creo. No tengo muchos datos.

—¿Ella, Ada, estaba aquí?

—No. Las chicas estaban de gira, en New York, presentando una nueva colección.

—¿Alma también?

—Sí. ¡Oiga!, ¿por qué ese interés? —Me miró con el entrecejo fruncido.

—Son cosas que no me había comentado Alma...

—Ah...

—En fin, gracias por todo.

—¿Cómo? ¿Se va?

—Sí, me he acordado que tengo que hacer una cosa urgente. Volveré más tarde.

La dejé con la palabra en la boca. Ya en la calle, arrojé la colilla a un lado y busqué con la mirada un taxi.

Teniendo en cuenta que eran amigas íntimas, era fácil presentir que poco conseguiría de Alma Neville y que sólo lograría sembrar la alarma. Ya había descubierto la auténtica personalidad de Helen

Murray. Había resultado que mi cliente tenía razón. Un tanto para Ronald Maxwell. Pero desconocía por qué se había presentado en Los Ángeles con otro aspecto físico, fingiendo ser una muchacha en busca de fama cinematográfica. ¿Qué buscaba realmente? ¿Había alguna razón para frecuentar a Ronald Maxwell? Mi cliente se había alarmado al conocer la ciudad de donde ella había recibido el paquete...

Para enterarme mejor de todo lo concerniente a Ada Cummings pensé que lo ideal sería visitar el Pólice Department más que hablar con Alma Neville que ni siquiera estaba en la ciudad cuando el trágico suceso de la madre. Un suicidio es algo en lo que siempre se interesa la policía. A través de él podía conocer otras muchas cosas.

Aunque un detective privado —máxime como yo, con una licencia que sólo servía para el estado de California— las más de las veces no suele ser muy apreciado por los policías, esperaba encontrar comprensión y colaboración.

Lo conseguí en la persona del capitán Errol Langtry, un tipo corpulento, de encrespados cabellos castaños y ojos grises. No puso inconvenientes, e incluso me invitó a una taza de café. Rápidamente requirió el *dossier* para refrescar su memoria leyéndolo por encima. Yo esperaba que saliera algo que me diera la luz definitiva. Y salió. Vaya si salió.

—Sylvia Cummings no tenía buena fama, amigo Markham —me comenzó a explicar el capitán, mesándose los cabellos—. La teníamos fichada de antaño. Por prostitución. Pero no era una fulana cualquiera, sino de esas llamadas «con clase», de las de lujo. Con eso sacó a su hija adelante...

—¿Y el marido? —le interrumpí.

—Nunca estuvo casada. Padre desconocido.

—Oh...

—La hija, Ada, se hizo modelo y apartó a la madre de la prostitución. Pero no de la bebida. Era también una alcohólica. Precisamente eso la llevó a la muerte.

—¿Estaba borracha cuando se suicidó?

—Hasta las cejas.

—¿Cómo fue?

—No hubo ningún testigo presencial. Ella estaba sola en su casa,

bebió más de la cuenta, se asomó al balcón y... se lanzó. Murió instantáneamente.

—Según tengo entendido, la hija se encontraba fuera...

—Así es —cabeceó—. Tardamos en localizarla. Cuando ella vino habíamos prácticamente cerrado el caso. Estaba bastante claro, sobre todo después de recoger las impresiones de las gentes que la frecuentaban. Todo el mundo esperaba un desenlace así, más tarde o más temprano.

—¿Qué clase de personas tenían relación con la muerta?

—De todas las categorías, era muy mundana. Desde excompañeras suyas hasta sujetos de alto nivel social. Por ejemplo, fueron muy valiosas las declaraciones del último acompañante asiduo de ella. Se trataba de un joven turista. De Los Ángeles, como usted.

—¿Sí? —Comencé a inquietarme—. ¿Cuál es su nombre?

—Aquí está. Ronald Maxwell.

Estuve a punto de brincar al escuchar el nombre. Ahora, de pronto, todo tenía más lógica. La luz se hacía sobre el asunto. Helen, o mejor dicho Ada, buscaba a Ronald Maxwell. ¿Por qué? ¿Una venganza? ¿Acaso le consideraba culpable de la muerte de su madre?

El capitán me miró fijamente. No le había pasado desapercibida mi sorpresa.

—¿Le conoce?

Inspiré. Me sabía mal mentirle, dado su amable comportamiento conmigo. Por otro lado consideré que no iba a pasar nada porque lo dijera.

—Ese hombre es mi cliente.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo, capitán. Allá en Los Ángeles ha entrado en relaciones con una muchacha que dice llamarse Helen Murray y haber acudido allí en busca de fama como actriz. Mi cliente, no sé exactamente por qué, se mosqueó y me contrató para que la investigara.

Y he llegado hasta aquí. El resultado lo puede comprender fácilmente.

—Ella es Ada Cummings.

—Efectivamente. Pero no acabo de comprender el propósito de

ella. ¿Hubo algo raro en la muerte de su madre?

—No. Todo pareció normal. Sylvia Cummings era una mujer atormentada. Y en una de sus locas borracheras se tiró desde el balcón.

—¿Qué tipo de declaraciones hizo Ronald Maxwell?

—Nos contó que tanto él como su familia, madre y hermana, se encontraban aquí de turismo, invitados por un amigo, un tal Benson Travers, un hombre maduro, multimillonario y con influencias, que enseguida movió sus hilos para que no nos molestáramos demasiado al muchacho. Enseguida que los dejamos en paz, se largaron de aquí.

—Pero ¿cuál era exactamente su relación con la muerta?

—La había conocido en una fiesta, a bordo de un yate. Trabaron amistad y salieron juntos varias veces. Según él, nada más. Una aventurilla sin importancia. Desde luego declaró que desde el primer momento había observado que bebía demasiado y siempre estaba achispada.

—Hum. Debía haber bastante diferencia de edad entre ellos. ¿Cómo entiende usted esa relación?

—Hay alguna teoría. Y en ella entra la chica ésa, Ada Cummings.

—¿De qué forma?

—La verdad es que yo, durante la investigación, tampoco vi muy clara esa relación. La muchacha, al regreso, fue la que aportó una teoría. La cuenta de su madre estaba prácticamente limpia. Al parecer se había gastado más de dos mil dólares. ¿Cómo? Con el tal Maxwell, según la hija. Yo me mostré un tanto escéptico. Una gente así...

—Pues no es descabellado, capitán. Los Maxwell están prácticamente arruinados. Precisamente el hombre que les había invitado, ese que usted me ha nombrado, Travers, el de las influencias, es con el que la viuda piensa resolver el problema económico casándolo con su hija, según los informes que tengo. Así que no me extraña nada lo que me ha contado. No es difícil imaginar que Ronald Maxwell, relegado por los otros, no queriendo recurrir demasiado a su futuro cuñado, exprimiéndose a la tal Sylvia Cummings para pasar unas buenas vacaciones. Ella ponía el dinero y él la cara.

El capitán sopesó mis palabras.

—¿Y por eso ha ido Ada Cummings tras el tipo ése?

—Es una posible razón.

—Mmm... —Se tironeó del lóbulo de una oreja, preocupado—. Puede armar un buen lío esa chica...

En eso mismo pensé durante el viaje de regreso, sin haber visitado a Alma Neville. Ya no lo consideraba interesante. Tenía todos los datos. El asunto estaba aclarado. Sólo faltaba reunir a los implicados y poner los puntos sobre las íes.

Por eso, una vez llegué al aeropuerto internacional de Los Ángeles, lo primero que hice, antes de buscar mi coche en el *parking*, fue telefonear a mi cliente.

Al aparato se puso una voz femenina.

—¿Ronald Maxwell?

Hubo una vacilación por parte de la mujer.

—No..., no está... ¿Quién es?

—Soy Steve Markham. Dígale, por favor, que se pase por mi oficina. Es urgente.

Muy bien.

Seguidamente telefoneé a Ada Cummings, pero nadie descolgó al otro lado del hilo. Fastidiado, fui a por mi auto y me trasladé a mi oficina.

Del aeropuerto a mi oficina hay un buen trecho, así que no me extrañó que el conserje me dijera que un tipo me estaba esperando arriba. Imaginé que serie Maxwell.

Me equivoqué.

Se trataba de Bill Carpenter, teniente de la Brigada de Homicidios, al que conocía de un caso anterior.

—¿Cómo, usted por aquí? —me sorprendí—. ¿Sucedó algo?

—Ronald Maxwell ha sido asesinado.

CAPÍTULO VI

Me quedé de piedra, incapaz de articular palabra por unos instantes. El asesinato de Ronald Maxwell cobraba un horrendo significado para mí: abría la posibilidad de que Ada Cummings hubiera llegado demasiado lejos.

El teniente Carpenter sacó su cajetilla de tabaco y me ofreció. Fumamos en silencio, rodeándonos de humo. Luego él, por fin, cuando consideró que ya debía haber asimilado la trágica noticia, dijo:

—Supongo que tendrás cosas que contarme.

Asentí, preguntando:

—¿Qué quiere saber?

—¿Maxwell era cliente suyo?

—Sí.

—Lo imaginé tras su llamada a su casa. La atendió su hermana. Yo me encontraba casualmente allí. Al conocer su nombre, sumé dos y dos.

Me había dejado caer en el sillón, abatido, sin dejar de pensar en la muchacha.

—¿Cómo ha muerto? —pregunté de pronto.

—Un tiro en la cabeza. Muerte instantánea. El arma no ha aparecido.

—¿Y cuándo sucedió?

—Esta misma tarde.

Apreté los labios, contrariado. Si no me hubiera ido a Miami, tai vez...

—¿Cuál era el asunto?

El teniente me miraba escrutadoramente a través del humo que nos separaba.

Me mesé los cabellos, vacilante.

—No me esquivé, Markham —me advirtió secamente—. Ya me

he procurado algunos datos acerca de Ronald Maxwell. Espero que lo que usted me cuente coincida.

Así pues, era fácil imaginar que debía conocer la existencia de Helene Murray, aunque no creía que en tan breve espacio de tiempo hubiera llegado tan lejos como yo.

—Le voy a contar lo que sé —asentí—. Estoy de este caso hasta las narices.

—¿En qué consistía?

—Tenía que investigar a la chica con la que últimamente él salía.

—¿Una tal Helen Murray?

—En efecto.

—Eso es interesante.

—¿Han hablado ya con ella?

—No, pero tenemos ganas de hacerlo.

El brillo de los ojos del teniente no me gustó nada. A pesar de eso me ofrecí:

—Bueno, puedo darle su dirección...

Era una forma de demostrarle mis intenciones de colaboración. Daba por seguro que ya la tendrían.

—La sabemos —sonrió por vez primera el teniente—. El cadáver apareció allí precisamente.

Respingué.

—Y ella, la tal Helen Murray, es la principal sospechosa. Andamos tras su pista.

Todo aquello confirmaba mis negros presentimientos. Ada se había metido en un buen lío.

—Entonces... ¿ha desaparecido?

—Ésa es la impresión. Hasta el momento no hemos podido localizarla.

—Humm... —Me eché hacia adelante para estrujar el resto del cigarrillo en el cenicero de cristal de la mesa—. ¿Alguien la vio?

—No. Una vecina escuchó el disparo, pero no pudo salir al momento porque se encontraba en el lavabo. Cuando pudo hacerlo, ya no vio a nadie. Curiosa, se acercó a la casita. La puerta estaba entreabierta, entró y descubrió el cadáver de Ronald Maxwell.

Ella conocía al muerto. Nos facilitó los primeros datos del caso.

Inmediatamente pensé en Clarissa Hutton, la pelirroja que tenía

mucho tiempo libre. —Hemos tratado de dar con Helen Murray— prosiguió el teniente, tras darle una nueva chupada a su cigarrillo —, pero parece como si la tierra se la hubiera tragado.

Posiblemente discutieron por algo y...

Por algo. Si él supiera.

—Bien, Markham. Usted puede serme de alguna ayuda. Ha estado investigando a la muchacha ésa. ¿Sabe por qué le encargó eso Ronald Maxwell?

—Parecía desconfiar de ella.

—Pero ¿por qué?

—No me lo explico. El pagaba y yo cumplía el trabajo.

—¿Y qué averiguó?

—Poca cosa. Por más que pregunté, en todos lados conseguí respuestas semejantes. Casi nadie conocía a la chica porque acababa de llegar a la ciudad, no tenía amistades fuertes..., salvo mi cliente. Incluso entablé relación con ella. Pero todo era correcto.

—¿Qué es correcto para usted?

—Quiero decir que todo coincidía con los datos que de ella tenía mi cliente. Helen Murray procede de una familia sencilla, de Tennessee, un buen día hizo su maleta y se vino acá en busca de fama y dinero. Conoció a Ronald Maxwell en una fiesta de Charles Parker, el director, y mi cliente empezó a promocionarla, recomendándola a su amigo el productor Morton Gunnison, el cual le ofreció trabajar para unos telefilmes...

—¿Eso es todo, Markham? —Me miró fijamente mientras apagaba su cigarrillo.

Le aguanté le mirada. Ahora le podía agregar la otra historia. Le podía contar que había estado en Miami y había descubierto que Helen Murray se llamaba en realidad Ada Cummings, era modelo profesional y además hija de Sylvia Cummings, una exprostituta amiga del alcohol que había tenido estrechas relaciones con Ronald Maxwell durante la estancia vacacional de éste en Miami y que se había suicidado borracha perdida. Con todo eso conseguiría echar más leña al fuego. Y aunque reconocía que había un posible móvil por parte de la joven —creer que Ronald Maxwell era culpable del suicidio de su madre—, se me hacía difícil pensar que ella hubiera cometido un asesinato. Al fin y al cabo, no había una prueba concluyente, por el momento.

Y el teniente Carpenter no tenía por qué saber que yo había estado en Miami. —¿Eso es todo?— insistió.

—Sí.

—¿No me engaña, Markham?

—No, teniente.

Si la verdad llegaba a descubrirse, podía caérseme el pelo.

—Usted, si ha vigilado los pasos de esa chica, podría tener una idea del sitio donde puede encontrarse.

—Sinceramente, no se me ocurre. Sólo conozco los apartamentos donde se instaló al llegar a la ciudad, la casita que alquiló más tarde y los estudios adónde iba a trabajar. —Ya— se pellizcó la barbilla el teniente. —¿Y por qué telefoneó a Maxwell?

—Para darle el informe diario.

—Usted dijo que era urgente, que fuera a su oficina. ¿Sólo para darle el informe del día?

No era tonto. Me había pillado ligeramente.

—También para decirle que no quería continuar con el caso, como le dije al principio estaba hasta las narices. Había llegado a la conclusión de que sus sospechas eran infundadas. No había nada raro en la muchacha.

Y eso era algo que había que tratar personalmente.

Pareció darse por satisfecho.

—Entonces..., ¿no se le ocurre nada que pueda ayudarme en el caso?

—En estos momentos no, teniente. Estoy sorprendido. Si hubiera algo, le avisaré.

—Muy bien.

Ahí terminó toda la conservación para tranquilidad mía. El teniente Carpenter decidió marcharse, recordándome en la puerta, no sé con qué intención, que mi deber era colaborar con la policía.

Volví al sillón y ahora encendí uno de mis cigarrillos. Estaba tan nervioso. Durante la charla con el teniente, no había hecho más que contenerme.

El tiempo que tardé en consumir el pitillo lo empleé en darle vueltas al asunto. Me la había jugado, era bien claro. ¿Y todo por qué? Ella, Ada. Antes que nada quería conocer su historia de los hechos. Pero ¿cómo dar con ella? Realmente no se me ocurría dónde podía estar. En eso había sido sincero con el teniente.

Luego estaba el asesinato de mi cliente. Si no había sido ella — cosa que pensaba por corazonada, porque la quería o no sé por qué diablos—, ¿quién?

Al momento acudió a mi mente el tipo joven, moreno, de la verruga bajo la oreja derecha, amigo o conocido de Ronald Maxwell, que se había interesado por Ada. ¿Podía tener que ver él algo en el asunto?

Decidí que lo mejor sería irme a casa a dormir. Necesitaba descansar tras más de treinta horas en pie. Al día siguiente, con la cabeza despejada, sin nervios, estudiaría detenidamente lo que debía hacer.

Pero entonces sonó el teléfono.

CAPÍTULO VII

La residencia de los Maxwell, sita en la 3rd Street, cerca del cruce con Western Avenue, hablaba por sí sola de una familia distinguida, de alto nivel social, económicamente fuerte. Era toda una portentosa mansión que, según como estaban las cosas y salvo que Ronald Maxwell lo hubiera remendado antes de morir, debían mantener a fuerza de hipotecas y otras deudas.

Llegué allí con las primeras sombras de la noche, atendiendo a la llamada de la viuda Maxwell. Ella misma, personalmente, me había telefoneado con el ruego de que fuera a visitarla.

No había puesto inconveniente alguno. Creía interesante mantener una entrevista con ella.

Me abrió el camino por el interior de la casa un estirado mayordomo, el cual me condujo silenciosamente hasta un salón biblioteca, limpio y exquisitamente amueblado, en donde me esperaban tres personas.

Rápidamente las estudié, con el mismo interés que ellas a mí.

La mujer madura tenía que ser inevitablemente la viuda Maxwell. Con lo menos medio siglo sobre sus estrechas espaldas, era una fémina delgada, huesuda, poco atractiva, embutida en un ceñido traje negro y con abundantes colgantes adornando su cuerpo.

Colgantes que podían ser auténticas joyas, aunque yo me inclinaba por pura bisutería.

Inmediatamente se puso en pie para saludarme.

—Señor Markham...

Le estreché la mano, puro hueso, mientras me fijaba en la muchacha. No tendría más allá de los veinticinco años de edad. Era una joven de largos cabellos castaños, ondulados, enmarcando un rostro ovalado donde destacaban unos bonitos ojos color miel, algo húmedos en aquellos instantes. Poseía una figura esbelta y resultaba

atractiva a pesar del gesto serio, grave de su faz.

—Es mi hija, Peggy. Está muy afectada por la muerte de su hermano.

No se levantó del asiento, permaneciendo en su postura reconcentrada.

La tercera persona era un hombre de edad semejante a la de la viuda, alto y corpulento, muy bronceado, de ojos grises metálicos. Vestía un elegante traje de chaqueta, muy pulcro y costoso.

—Y Benson Travers, buen amigo de la familia.

Lo había imaginado. El millonario a cuya caza iban los Maxwell.

Se mantenía en pie, al lado de la butaca donde se encontraba sentada la joven.

Nos dimos un fuerte apretón de manos.

—Siéntese, por favor.

Lo hice frente a todos ellos. Los tres formaban un curioso cuadro familiar. Las dos mujeres sentadas, una casi llorosa, y el hombre en pie, con aspecto de padre protector.

—Espero no haberle importunado —dijo la viuda, la cual se mantenía serena, no sé si porque la pérdida del hijo no le había afectado mucho o porque sabía llevarla con mucha entereza, haciendo de tripas corazón.

—No.

—Imagino que sabrá cómo supimos de usted...

—Gracias a mi llamada, ¿no? Ya he hablado con el teniente Carpenter y estoy al corriente.

Ella asintió con la cabeza, como aprobándolo.

—Bien —exclamé, entrelazando los dedos de las manos—. ¿Qué desea, señora Maxwell?

—Me gustaría que me informara acerca de la relación que mantenía con mi hijo, señor Markham. Por supuesto, si Ronald le debía algo, tendré mucho gusto en abonárselo. No habrá ningún problema a ese respecto.

Sonreí ligeramente. Todo el mundo allí parecía tener dinero para desmentir las habladurías. ¿Las carreras de caballos, Travers... o qué?

—No se preocupe —repliqué, pensando que aquélla era una forma de introducción en el tema por parte de la mujer, para parecer simpática y amable—. Posiblemente yo le tenga que

devolver. Su hijo me adelantó bastante dinero. Una vez haga las cuentas, le presentaré un informe completo.

—De acuerdo.

—Por lo que respecta al trabajo que hice para su hijo, ya se lo conté al teniente.

—Pero yo quisiera escucharlo de sus labios, si no tiene inconveniente. Yo no he hablado posteriormente con el teniente. Y además, tal vez hubiera algo confidencial, algo entre Ronald y usted, que ha preferido mantener en secreto... Pero yo soy su madre. Conmigo puede hablar francamente.

No me lo acababa de creer. Llegué a la conclusión que la llamada, en vez de ser una iniciativa de ella, podía ser muy bien una idea del teniente Carpenter con el fin de comprobar mi historia.

—¿Qué le encargó, señor Markham?

—Un trabajo sencillo. Tenía que vigilar e investigar a una chica con la que él mantenía relaciones últimamente. Una tal Helen Murray.

—¡Oh! —exclamó de pronto la hija, echándose a llorar desconsoladamente—. ¿Esa mujer...? ¡Ella le mató! ¡Asesina! ¡Asesina!

—Vamos, querida, tranquilízate —terció al momento Benson Travers, cariñoso—. Ya no tiene remedio.

—Perdone, señor Markham —se disculpó la viuda, alargándole un pañuelo a su hija.

—No tengo nada que perdonar. Pero no sabía que la chica ésa fuera la criminal. Según el teniente, sólo es una sospechosa. No hay pruebas concluyentes.

—¡Ella tuvo que ser! —volvió a saltar Peggy Maxwell, excitada—. ¿Quién, si no? ¡Le mató en su propia casa!

—Bueno... —Me sentí violento, casi a punto de levantarme para retirarme.

—Peggy, calla —tronó autoritaria la voz de su madre—. Si no sabes comportarte como una señorita de tu clase, vete a tu cuarto.

—Sí, mamá.

—Soy yo la que habla con este señor y no quiero interrupciones.

La viuda me miraba con fijeza, esperando mis explicaciones tras el silencio de su hija. Benson Travers le acariciaba suavemente los cabellos.

—La verdad es que tengo poco que contar, señora Maxwell. Me puse a vigilar y a investigar a la chica ésa, tal como su hijo quería, y no conseguí nada llamativo en mis pesquisas. Nada que no supiera su hijo Ronald.

—Esa chica quería aprovecharse de él, de sus influencias, para alcanzar el estrellato.

—Tal vez —me encogí de hombros.

—Pero no entiendo entonces por qué le mató. Es como eliminar a la gallina de los huevos de oro, sirva el ejemplo. ¿No le parece, señor Markham?

El razonamiento de la viuda era lógico, dado lo poco que sabía del asunto. Si yo le contaba lo de Miami, seguro que hubiese cambiado de opinión.

Di una cabezada, dejándola con sus creencias.

—¿Usted no tiene ninguna idea al respecto?

—No.

Compuso un gesto extraño, no sé si de pesar o de desconfianza.

—Precisamente yo quería hablar con su hijo para zanjar el asunto —agregué, cubriendo posibles preguntas y teniendo el antecedente de teniente Carpenter—. Veía que era una inutilidad de tiempo y dinero.

—Es usted muy honrado.

—Lo procuro.

La viuda se miró las uñas de la mano derecha.

—Espero que haya sido totalmente sincero conmigo, señor Markham.

—Por supuesto.

—Está bien, señor Markham. Sólo era esto. Cambiar unas impresiones con usted sobre el asunto que le había encargado mi hijo. Ha sido muy amable.

Sonreí.

—De todas formas —dije—, ¿no han pensado en otra posibilidad, aparte esa chica?

Todos le miraron perplejos. Incluso creo que Benson Travers llegó a respirar.

—¿Qué quiere decir? —Casi arrastró las palabras la viuda, el entrecejo fruncido.

—Que lo matara otra persona.

—¿Quién?

—Bueno, alguien que le odiara, alguien entre sus amistades y sus conocidos.

—Eso es un insulto, señor Markham —intervino altivo Benson Travers—. Yo me considero entre esas amistades.

—Disculpe, pero es una posibilidad que apunto.

—Mi hijo no tenía enemigos, era un gran muchacho —se envaró la viuda Maxwell, y su hija rompió a llorar de nuevo—. Buenas noches.

Era la despedida, así lo entendí y no rechisté. Poco después el estirado mayordomo me conducía hasta la salida de la mansión.

Me metí en el coche y encendí un cigarrillo, la mirada fija en la residencia de los Maxwell. Curiosa familia, como ya había comentado en una ocasión, tras escuchar a la pelirroja Clarissa Hutton. ¿Había algo más detrás de todos ellos?

Finalmente arrojé la colilla por el hueco de la ventanilla y conduje lentamente hacia la casa, sin dejar de reflexionar sobre cuanto estaba sucediendo. Había pasado otra prueba. Pero también era consciente de que podía estar ahorcándome. En cuanto alguien relacionara a Helen Murray con Ada Cummings y se supiera que yo había estado en Miami...

Tenía que dar con ella, hablar, conocer su verdad, antes de adoptar una posición. No me acababa de creer su culpabilidad..., a pesar de que yo tenía más pruebas que nadie contra ella. ¿Por qué?

Prefería no pensar en ello, por el momento.

Al pasar por delante del *snack* de Charlie, ya cerca de casa, y observar que estaba todavía abierto, decidí parar y entrar a tomar algo. Tenía el estómago vacío y por otro lado no me apetecía meterme en la cocina. En cuanto llegara a casa, iría directo a la cama.

—¡Steve, cuánto tiempo!

—Hola, Charlie, prepárame alguna de tus especialidades.

—Cinco minutos. Y con mucho picante.

—Okay.

Vi el teléfono y se me ocurrió llamar a la residencia del *Los Ángeles Times*...

—Precisamente estoy como un loco intentando contactar contigo

—exclamó Frank McIntire, contento de escuchar mi voz—. ¿Qué ha

ocurrido con Maxwell? Tú debes tener información de primera mano.

—Al contrario. Esperaba que tú me contaras algo interesante, Frank.

—Sólo tenemos el informe policial.

—Eso no me interesa. ¿Algún rumor?

—Ahora mucha gente está pensando si el dinero de Ronald Maxwell saldría de otro sitio, de algún feo asunto, ¿entiendes?

—Sí.

—¿Tampoco sabes nada de la chica esa rubia?

—Nada.

—¡Muérete! —me espetó, colgándome.

Poco después me zampaba el bocadillo especial de Charlie con un par de cervezas, mientras comentábamos los últimos resultados del equipo de fútbol del Los Ángeles Aztecas, repleto de figuras del balompié europeo.

Con el estómago satisfecho llegué por fin a casa, dispuesto a tumbarme sobre la cama y no levantarme en diez horas por lo menos.

Pero tenía visita.

CAPÍTULO VIII

Parecía increíble, casi de ciencia-ficción. Parpadeé varias veces, pero continuaba allí.

Ada Cummings.

La policía buscándola y ella había escogido mi casa como escondite. Sólo faltaba que apareciera el teniente Carpenter con cualquier tonta excusa.

—Hola, Steve.

Incluso se había servido un combinado. —Hola— balbuceé.

—¡A tu salud!

No parecía muy alterada ni nerviosa. La vi beber pausadamente. Luego dejó el vaso sobre la mesita ratona.

Me sonrió.

—¿Sorprendido?

—¿Tú qué crees? —le repliqué.

—Pensé que el mejor lugar para esconderse sería la casa del simpático ejecutivo... —dijo con cierta sorna.

—Ya.

Me quité la chaqueta y fui al mueble bar.

—¿Cómo entraste? —pregunté mientras me preparaba una copa.

—Fácil —me enseñó una tarjeta de crédito—. Me enseñó el truco una amiga mía. Por otro lado, como este edificio carece de conserje...

—Eres muy lista.

—No soy tonta.

—Pues ahora estás metida en un buen embrollo —me senté a su lado—. Supongo que lo sabes.

—En efecto, señor detective.

La miré con fijeza.

—No hay nada que ocultar —agregó.

—Ya veo.

—Ambos jugamos sucio. Ni tú eras lo que aparentabas ser ni yo tampoco.

—Así que lo sabes...

—Sí.

—¿Cómo?

—Alma me telefoneó para contarme que un tipo había estado interesándose por ella, según le había contado la chica de la recepción de la firma y el encargado de los *bungalows* donde vive. Incluso también por mí. Me dio tu descripción facilitada por esas personas antes nombradas y sumé dos y dos. Busqué en la guía para cerciorarme. Steve Markham. Detective privado. Enseguida comprendí por qué Ronald se encaró excitado a mí con lo de Miami.

Bebí un largo trago.

—¿Así que Ronald hizo eso?

—Sí.

—Y discutisteis, claro.

—Sí.

—Entonces..., ¿le mataste tú?

—No.

—¿De veras?

Ella me aguantó la mirada, respondiendo suavemente:

—No te miento, Steve.

—Vayamos por partes —me acomodé mejor en el diván—. ¿Qué pasó realmente con Ronald?

—Vino a mi casa. Le encontré nervioso, excitado, así que le pregunté qué le sucedía. Me dio unas cuantas evasivas, pero no hacía más que observarme con fijeza... hasta que al final no pudo aguantarse más y explotó. Se lanzó encima de mí como un loco, hablándome de Miami, que yo venía de allí y que era una farsante, que qué quería de él y todo eso. Parecía haber perdido la razón, se mostró violento, iracundo. Yo cogí miedo, no podía hacer nada para frenarlo. Y acabé confesándole la verdad.

—¿Todo?

—Sí, todo. Le conté todo. Y también le dije que era un canalla, que él tenía la culpa de la muerte de mi madre, que le había robado y tomado el pelo y que estaba tratando de averiguar cuánta culpa tuvo en su muerte para hacerle sufrir si la ley no le podía tocar. Entonces sucedió lo más sorprendente.

—¿A qué te refieres?

Primero bebió un sorbo de su combinado, luego respondió:

—Ocurrió que se calmó, incluso sonrió. Me dijo que si quería saber la verdad sobre lo sucedido a mi madre, tendría que pagarle cincuenta mil dólares, que removiera a mis amistades de Miami, consiguiera el dinero y entonces él me diría quién era verdaderamente el culpable de la muerte de mi madre. El, por supuesto, se declaraba inocente.

—¿Y?

—No pasó nada más. Todo quedó claro entre nosotros. El se quedó en la casa, ya que al fin y al cabo es el que pagaba el alquiler, y yo me marché a Ver si encontraba un apartamento libre. Desde luego quedé en tratar de conseguir el dinero, entonces le avisaría.

—Hummm...

—Es la verdad, Steve.

—Eso significa que alguien más fue a tu casa.

—Por supuesto.

—¿Quién?

Se encogió de hombros, apurando seguidamente su copa. Se puso en pie y me preguntó:

—¿Quieres más?

—No.

—Yo sí necesito otra.

Mientras escanciaba, yo me dediqué a reflexionar sobre cuánto había escuchado. Ella rompió el hilo de mis pensamientos al regresar a mi lado y preguntar:

—¿Fuiste tú el que le proporcionó la pista de Miami?

—Sí.

—¿El paquete?

—En efecto.

—Me había olvidado de mis collares y pulseras y le pedí a Alma que me los enviara. Eso demuestra que la coquetería puede perder a una mujer.

—En verdad llevabas muy bien aprendido tu papel.

—Me mentalicé para ello. Sólo pensaba como Helen Murray... salvo cuando estaba con Ronald, entonces le observaba, le preguntaba... Desgraciadamente debía llamar la atención y fue por

eso por lo que te contrató.

—Sí.

—Y tú, al fin, conseguiste el dato.

—Pero él lo precipitó todo, no esperó a que yo volviera de Miami con mi informe.

—Ya no tiene remedio —se lamentó, bebiendo largamente.

—¿Por qué viniste? —le pregunté.

—Porque no me convenció la explicación de la policía de Miami. Mi madre sería todo lo que ellos quisieran y que supongo tú ya sabrás...

Asentí con la cabeza, y ella prosiguió:

—Pero le gustaba vivir, te juro que sí, no estaba desesperada o loca, por eso muchas veces perdía la cabeza por jóvenes como Ronald y les daba cuánto tenía. ¿Por qué suicidarse? Bebía y mucho, cierto, pero eso no le nublabla la mente demasiado, estaba acostumbrada al alcohol. Yo la conocí muy bien, no en vano viví a su lado casi veinte años, hasta que decidí independizarme. Por tanto algo muy grave debió ocurrir para que adoptara tal decisión... o alguien la empujó. Es por lo que vine acá, con la intención de intimar con Ronald Maxwell y sonsacarle, él había sido quien la había tratado en sus últimos días, yo lo consideraba culpable, bien directa, bien indirectamente..., pero las cosas no terminaron rodando como yo quería.

—Sí, todo se ha complicado.

—Pero ahora sé que hay algo detrás de la muerte de mi madre, como yo intuía. Ronald me lo confesó. Si le hubiera entregado el dinero...

—¿Crees que lo mataron para que no lo contara?

—Tal vez.

—¿Y cómo lo sabía el asesino?

—No sé. Ronald se iría de la lengua.

—O yo lo alarmé en Miami.

—Es posible.

—Bueno, dejemos eso —hice un gesto con la mano—. Todo son conjeturas y no vamos a conseguir otra cosa que rompemos la cabeza. Hay algo de lo que ya no me acordaba.

Yo tengo un sospechoso.

Ada brincó.

—¿Quién?

—Un tipo joven, moreno, de pelo rizado, ojos negros, elegante... con una curiosa verruga bajo la oreja derecha.

—¡Oye! —exclamó ella poniéndome una mano encima—. ¡Ése es el que intentó robarme!

—¿Cómo? —me sorprendí yo también.

—Sí, el que pillé en mi casa. No te lo he contado, ¿verdad? Al poco de alquilar la casita, un día, al regresar me encontré con un tipo dentro, revolviéndolo todo. Puse el grito en el cielo y él logró huir a todo escape.

Ahora recordaba que eso se lo había oído comentar a la pelirroja Clarissa Hutton.

—¿Estás segura que era él?

—Pude verlo bien durante unos instantes. La descripción que me has dado le va como anillo al dedo.

—¿Qué curioso? Porque es el mismo tipo que se interesó por ti en el edificio de apartamentos donde al principio vivías, haciéndose pasar por un tal Elmer Foster, representante artístico.

—Nunca oí hablar de Elmer Foster.

—No existe. Ya lo comprobé. Pero hay algo que te asombrará aún más.

—¿Qué?

—Ese tipo es amigo o conocido de Ronald Maxwell. Les vi reunirse en un bar...

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero es una pista. Ese tipo está implicado en el asunto, me apuesto un brazo. Y te juro que lo primero que voy a hacer mañana es intentar localizarlo.

—Entonces, ¿me vas a ayudar?

Su mano seguía aferrando mi brazo. Había una luz de esperanza en sus ojos.

—Sí.

—Gracias, Steve. Precisamente era eso lo que iba a pedirte. Que trabajaras como detective para mí. Soy inocente. Averigua quién mató a Ronald y por qué. Tal vez entonces sepamos lo que verdaderamente sucedió con mi madre.

—¿Y tú qué harás entretanto?

—Permaneceré aquí.

—Mmm...

—Es un buen escondite. A nadie se le ocurrirá pensar que estoy aquí. ¿Has hablado ya con la policía?

—Sí. Y tuviste suerte que al teniente Carpenter se le ocurriera ir a mi oficina.

Ella compuso un gesto de preocupación.

—¿Qué te contó ese policía?

Le hice un amplio relato, no sólo de la conversación con Carpenter, sino también de la mantenida en casa de los Maxwell. Ella escuchó con atención y luego comentó:

—Bueno, no me coge de sorpresa saber que todos piensan que soy la asesina...

—¿Cómo te enteraste de la muerte de Ronald Maxwell?

—Regresé a por mis cosas, una vez encontré apartamento. Vi el gentío, los coches policiales, la ambulancia... Pregunté y supe lo que había pasado. No me lo pensé mucho más y me vine acá.

—¿Por qué? Ya sabías que era un detective privado que trabajaba para Ronald Maxwell y que te había engañado.

—A pesar de eso confiaba en ti. Y confío.

—No lo entiendo.

—¿Es que no te has dado cuenta? —exclamó, casi ofendida—. ¿Por qué crees que me entregué a ti estando por medio el asunto de Ronald? Me enamoré desde el primer momento.

—Ada...

—Es la primera vez que me llamas por mi auténtico nombre —observó, sonriente—. Me gusta cómo suena en tus labios.

Se aproximó a mí y yo no tuve ningún inconveniente en besarla.

Poco después, casi sin darnos cuenta, retozábamos entrelazados sobre el lecho. Con sus caricias, yo olvidaba mi cansancio y me entregaba gozoso al amor.

—Ada, cariño...

—Óooh, Steve...

Por unos instantes nada existió, salvo nosotros, nuestros cuerpos, nuestras sensaciones.

Más tarde, mientras reposábamos, yo revoloteé aún más sus dorados cabellos.

—¿Te teñiste el pelo? —pregunté—. Vi fotos tuyas allá en Miami y eras morena... —Uso peluca. Y también lentillas. Por si acaso mi

madre le había enseñado algún retrato mío a Ronald. No quería correr riesgos.

—Muy precavida.

—Pero todo lo demás ya sabes que es auténtico...

Recorrí todo su cuerpo con mis labios y aún encontré fuerzas para embestirla de nuevo.

CAPÍTULO IX

La verdad es que no puedo dormir hasta bien entrada la noche, así que luego necesité varias horas del nuevo día y una buena ducha, acompañada de un copioso desayuno, para sentirme con fuerzas. De todas formas, imaginé que

Malcolm's

no abriría hasta el mediodía.

Ada se quedó en casa, bajo promesa de no salir, ni abrir la puerta ni coger el teléfono. Me deseó suerte con un prolongado beso.

Malcolm's

comenzaba a poblarse a la hora que yo llegué de gente que acudía a tomar su aperitivo. Antes que nada desparramé la mirada por el interior, a ver si había suerte y estaba por allí el sujeto que me interesaba.

Me llamó de inmediato la atención la muchacha que se encontraba en un rincón, el mismo sitio donde yo estuviera el primer día con mi cliente.

La conocía. Era Peggy Maxwell, la hermana del asesinado, cabizbaja y solitaria.

Decidí acercarme.

—Buenos días, señorita Maxwell —la saludé—. ¿Cómo estamos?

Ella respingó, saliendo de su abstracción. Agrandó los ojos al reconocerme.

—¡Oh, señor Markham...! ¿Usted aquí?

Tomé asiento.

—Aquí conocí a su hermano Ronald. Al parecer era cliente habitual —dije sin aún dar explicaciones más comprometedoras.

—Sí, es cierto —reconoció—. Solíamos venir a este bar con mucha asiduidad. Aquí pasamos buenos momentos. Ronald..., pobre Ronald... —musitó finalmente, acongojada por el recuerdo.

—Hum... Ha venido para torturarse. No debía hacer eso.

—Ronald era lo único que tenía.

—Tiene también a Benson Travers.

Alzó la mirada, las facciones contraídas. Parecía que le hubiera nombrado al diablo.

—Eso es una idea de mi madre. Yo no le quiero. Que se case ella con él.

Sonreí.

—La entiendo.

—¿Y usted por qué ha venido, señor Markham?

—Pues... —vacilé un instante, luego pensé que ella tal vez pudiera ayudarme—, quería indagar un poco más sobre el asunto de su hermano...

—¿Aún cree en la inocencia de esa mujer?

—No es eso exactamente.

—¿Entonces?

—Digamos que hay cosas que todavía no veo claras.

—¿Por ejemplo?

Me tomé unos segundos de respiro, meditando cuál podía ser la reacción de ella.

—Últimamente su hermano hacía gala de mucho dinero... cuando es del dominio público que ustedes están en apuros —respondí al fin, muy lentamente y procurando no ser brutal.

—¡Oh!

Fue lo único que dijo. Atrapó su vaso y bebió glotonamente. Yo agregué:

—¿Para usted no es extraño?

—Dijo que había tenido un golpe de fortuna jugando a las carreras de caballos.

—¿Y le creyó?

—¿Por qué no? Era aficionado a eso.

—Hum...

—¿Qué piensa usted?

—Bueno, nada. He venido aquí para tratar de localizar a un amigo de su hermano, pensaba que él tal vez podría aclararme algunos puntos.

—A lo mejor yo lo conozco. ¿A quién se refiere?

Le di una buena descripción del sujeto.

—Me suena ese hombre de verlo por aquí, pero no como amigo de Ronald.

—Serían conocidos únicamente.

—Podemos preguntar a los empleados.

—Es lo que había pensado.

—¡Jim! —llamó a uno de los camareros, el cual se acercó al momento, muy solícito.

—¿Qué desea, señorita Maxwell?

Rápidamente, con mi ayuda, le puso en antecedentes. El camarero no necesitó pensar nada.

—Sí, viene por este bar con frecuencia. Se llama Carson, si no recuerdo mal. Siempre va por ahí sableando a la gente. Tiene fama de granuja. Últimamente congeniaba bastante con su hermano, y parecía nadar en la abundancia.

Peggy Maxwell y yo intercambiamos una significativa mirada. Yo pregunté:

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

—Tal vez venga por aquí...

—Pero tal vez no. ¿Conoce su dirección?

El camarero se mostró algo remiso.

—Amigo —le dije—, se trata de algo importante, posiblemente relacionado con la muerte del hermano de esta señorita.

—Jim, por favor... —suplicó ella.

—No me parece muy correcto, pero... —Se encogió de hombros—. Precisamente hace poco comentó que se había cambiado de domicilio, gracias al dinero. Muy cerca de aquí, tres manzanas más abajo, en el edificio que hay encima de una peletería.

—Gracias.

Me puse en pie. Ella me imitó diciendo:

—Iré con usted.

—No creo...

—Quiero ir y saber todo respecto a mi hermano —dijo con firmeza—. Tengo derecho, ¿no?

—Está bien.

Ella pagó su consumición y a continuación salimos juntos del local. Recorrimos el trecho andando, en silencio, cada uno con sus propios pensamientos.

Sólo más tarde, mientras subíamos en el ascensor, ella me

preguntó de pronto:

—¿Me oculta algo, señor Markham?

Su mirada era tan fija que me sentí un poco inquieto.

—Nada que no esté confirmado.

Ella fue a replicar, pero justo en ese instante se abrieron las puertas y tuvimos que salir. Yo fui delante hacia la puerta rotulada BE.

Pulsé el timbre.

Al momento se abrió la puerta, pero sólo lo justo para que asomara aparte de la cabeza del joven moreno.

—¿Qué quie...? —se interrumpió al reconocernos—. Usted es la hermana de Ronald y usted...

—El detective privado que contrató —empujé la hoja de madera, sorprendiéndole.

Fue fácil entonces pasar al interior.

—Oiga, ¿qué se propone?

Peggy Maxwell ya cerraba la puerta. Yo le indiqué el camino del *living*.

—Allí hablaremos más tranquilamente.

—No sé de qué...

Le di un empujón, obligándole a caminar. Se mostraba temeroso, asustado.

Una vez en el *living*, tomó asiento. Había comenzado a sudar. A pesar de su juventud y su aspecto, no parecía un hombre peligroso.

—Vayamos al grano, amiguito —dije—. No tenemos mucho tiempo. ¿Por qué te interesaste por la amiguita de Ronald Maxwell? ¿Por qué incluso llegaste a asaltar su casa?

Las preguntas le sentaron como un tiro. Se quedó pálido como un cadáver. Peggy Maxwell, por su parte, me miró con el ceño fruncido. También estaba sorprendida.

—Te hiciste pasar por un tal Elmer Foster, representante artístico. El encargado del edificio de apartamentos donde vivía Helen Murray puede reconocerte en cualquier momento. Así como ella, que te vio al huir. ¿Por qué?

Hundió la cabeza entre las manos.

—Fue idea de él —susurró, abatido.

—¿Quién?

—De Ronald.

Hubo una exclamación de sorpresa por parte de la joven.

—Explícate.

Carson levantó la mirada, mordiéndose el labio inferior. Los nervios se lo comían.

—Todo..., todo fue ideal de él —insistió—. Yo simplemente hacia lo que me decía. Necesitaba dinero. Me contó que estaba saliendo con una chica, pero que su comportamiento era un poco raro; había comenzado a sospechar de ella, quería que la investigara. Yo me negué en un principio, pero entonces me recordó que el negocio podía peligrar. Así que hice lo que deseaba. Primero estuve en los apartamentos, hablando con quienes la habían tratado, pero apenas sabían de ella. Luego me ordenó que registrara todas sus cosas. Fui a su casa, con tan mala fortuna que me pilló a medio trabajo, sin que hubiera conseguido nada. La suerte estuvo de mi lado a la hora de escapar, pues no me atraparon a pesar del escándalo que armó.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Al estar yo demasiado quemado y no haber logrado nada positivo, Ronald decidió contratar a un profesional.

—Yo —dije.

—Sí, usted.

Le dejé unos segundos de respiro, durante los cuales Carson no dejó de apretarse las manos. Luego volví a la carga con algo que él había nombrado y que yo ya sospechaba.

—¿Y en qué negocio andabais metidos? Ronald tenía mucho dinero últimamente. Tú también.

—Sí..., es cierto...

—¿De qué se trataba?

—Chantaje.

—Ajajá. Bonita palabra. Eso suena mucho mejor que un golpe de fortuna en las carreras de caballos, muchacho. ¿Por qué? ¿A quién?

—La razón no la sé.

—Oye, no lo estropees.

—Se lo juro. Ronald simplemente me habló de que tenía a un tipo bien cogido, pero no me explicó cómo. El no quería dar la cara. Me propuso el asunto y me interesó. El era quien hablaba por teléfono, con voz desfigurada, le amenazaba y concertaba las citas y las cantidades con el tipo en cuestión. Y yo me encargaba del cobro.

—Interesante. De todo eso deduzco que debía tratarse de un conocido de Ronald. —Sí.

—¿Quién?

Miró a la muchacha, luego a mí, los labios apretados. Yo me impacienté:

—Dilo de una vez.

—No se lo van a creer.

—El nombre —exigí.

—Benson Travers.

—¿Qué tontería es ésta? —saltó Peggy Maxwell, rompiendo su silencio y su quietud—. Ya les dije que no se lo creerían. Cuando a mí me dio el nombre, yo también pensé que era una tontería, y así se lo comenté, teniendo en cuenta que pronto iba a ser su cuñado y entonces gozaría de buena pasta. Pero él me replicó que no estaba muy seguro de que eso fuera a producirse, pues su hermana no le quería y se mostraba reacia a la boda.

Según él, era mejor comenzar a exprimirle ya, por si acaso.

—No, no, no... —musitó la joven.

Yo no dije nada de momento, un tanto sorprendido por la revelación. Y justo en ese instante, por la ventana que daba a la parte posterior del edificio, se coló inopinadamente un individuo con una pistola.

CAPÍTULO X

La pistola era una automática con un largo tubo silenciador acoplado. Fue lo primero que nos llamó la atención porque imponía, ciertamente.

Luego estaba el sujeto que parecía llovido del cielo. Era un tipo joven, de treinta años a lo sumo, delgado, de estatura regular, ojos grises, pequeños, como los de una rata, y cabellos pajizos. Vestía impecable, como lo que no era: un caballero.

—Todos contra la pared —ordenó secamente, haciendo un movimiento significativo con el arma.

Ninguno de nosotros tres salía de su sorpresa. Su aparición, totalmente inesperada, nos había dejado mudos de asombro. No era difícil hallar una explicación a su presencia: debía haber utilizado la escalerilla de incendios, una forma de no ser visto y no tener que llamar a la puerta. ¿Por qué esa manera de actuar? La respuesta inquietaba.

—¡Vamos!

Finalmente obedecimos. A Carson ya le temblaban las piernas; apenas se podía sostener.

—¿Quién es usted? —me atreví a preguntar mientras Peggy Maxwell incluso alzaba las manos, asustada.

—Eso no importa. El que pregunta soy yo —me replicó ásperamente—. ¿Quiénes son ustedes dos?

Tenía la pistola, parecía saber usarla, no era cuestión de ponerse tonto.

—Steve Markham.

—¿Y usted, muñeca?

—Peggy... Peggy Maxwell...

Al oír el nombre de ella, vaciló. Pero tan sólo fue un instante. Enseguida se puso a dar órdenes:

—Carson, sepárese de ellos.

El moreno de la verruga dio un par de pasos a su izquierda, esperanzado.

Las ilusiones apenas le duraron unas fracciones de segundo. Lo que el sujeto de la pistola tardó en apuntarle.

—¡Me va a matar...! —chilló, angustiado.

—Sólo queda usted, Carson —esbozó una fría sonrisa, curvando el índice.

—¡No...!

El terror le llevó a echarse encima del hombre que le iba a ejecutar.

Sonó una especie de taponazo, Carson sufrió una crispación, pero llevaba tal impulso que logró contactar con su asesino, cubriendo su arma.

Ése fue mi momento.

Me lancé como un felino sobre ellos, sobre todo buscando el brazo armado. Derribé a Carson, herido y quejoso, y logré hacerme con So que quería.

El tipo profirió una maldición, pero ya era tarde. Mis dedos eran como garfios, apretaban, retorcían. Con mi puño libre le di en el estómago y eso lo ablandó un poco más. Pero no conseguí que soltara la pistola. Trastabillamos, su espalda acabó chocando contra la pared, intentó meterme la rodilla en las ingles, yo me pegué a él como una lapa, colocándole el brazo libre bajo el cuello, apreté y comenzó a sudar, haciendo rechinar los dientes. Le veía sufrir como un condenado, pero no se daba por vencido. Era de admirar su pasta, su aguante. Y al segundo intento consiguió lo que se proponía: chafarme los testículos.

Eso me cortó la respiración por unos instantes, aflojé y él se aprovechó para recuperarse. De su garganta brotó algo así como un grito de guerra y yo me sentí casi incapaz de frenarle, únicamente preocupado por su brazo armado.

Vi cómo yo cedía terreno. El tenía todas las facciones contraídas, haciendo una fuerza bestial, y a pesar de eso parecía sonreír. Y es que observaba cómo su mano, poco a poco, giraba, cómo el cañón del arma me buscaba.

Sentí que las fuerzas me abandonaban. El hizo un supremo esfuerzo. Y justo cuando apretaba el gatillo, seguro del triunfo, logré darle la vuelta.

Se escuchó un nuevo taponazo. El tipo agrandó mucho los ojos y yo pude contemplar el boquete que se le había abierto bajo el esternón, un boquete de sangre burbujeante. Lo solté y se vino abajo, pesadamente.

Me acuclillé junto a él, al observar que aún alentaba, y le pregunté:

—¿Quién le contrató?

Me miró con ojos turbios.

—Tra... vers...

Eso fue todo, a continuación ladeó la cabeza, muerto. Pero era bastante.

Peggy Maxwell estaba en pie, completamente anonadada por cuanto había sucedido y escuchado. Carson, por su parte, se hallaba encogido en un rincón, muy pálido y sudoroso, con una mano en el costado herido.

—No es posible —balbució la muchacha.

—Ya lo ha oído.

—Pero ¿por qué?

—Eso lo sabremos en cuanto hablemos con él.

—No me dejen —suplicó Carson, alargando una mano hacia nosotros—. Me desangro... —La policía se encargará de ti, muchacho— le dije, descolgando el teléfono para llamar al teniente Carpenter y únicamente decirle que se pasara por allí acompañado de una ambulancia. Quería ser el primero en hablar con Travers y conocer la verdad.

—¿No escapará? —me preguntó luego la muchacha.

—Así no creo que pueda ir muy lejos. Además, me parece que los vecinos se han alarmado...

En efecto, cuando abrí la puerta había varios curiosos en el rellano. —Ahora viene la policía— dije como respuesta a sus preguntas.

Seguidamente Peggy Maxwell y yo nos metimos en el ascensor para alcanzar el vestíbulo del edificio.

—Me engañó —me dijo de forma recriminatoria—. Sabía más de lo que me contó. —Antes tenía que comprobarlo. Si le hubiera contado que mis sospechas eran que su hermano y ese Carson se llevaban algo feo entre manos, no me hubiera creído, ¿verdad?

Dio la callada por respuesta.

—Supongo que deseará venir conmigo —dije ya en la calle, camino del coche.

—Claro que sí.

—Estupendo. Me servirá para cazar a Travers. El debe confiar bastante en usted, ¿no? —Sí... Pero es horrible... Todo esto es... Ronald, un chantajista... Benson pagando a un asesino... Se me hace tan difícil creerlo...

—Ahora no es un invento mío. Usted lo ha escuchado de labios de los protagonistas.

—Sí.

—¿Dónde los podemos encontrar?

—Estará en el polígono industrial...

A continuación me indicó cómo llegar hasta allí en auto. Se encontraba en las afueras de la ciudad, al sur, entre Willow Brook y Lynwood.

Me detuve en la primera población.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —se alarmó ella.

—He pensado algo mejor. No quiero entrar allí y que resulte una ratonera. Habrá muchos asalariados suyos capaces de cualquier cosa por complacerle. Por tanto, va a llamarle desde aquí, desde un bar, y le ruega que acuda rápidamente, pues tiene que comunicarle algo muy importante. ¿Entendido?

Lo aceptó. Y poco después esperábamos impacientes en el Mogambo, entre copa y copa. Mientras bebía, imaginé al teniente Bill Carpenter, ya informado de todo, tras hablar con el herido Carson, dando órdenes por teléfono y moviendo la máquina policial.

Benson Travers tardó veinte largos minutos en aparecer por el bar. Entró con paso rápido, casi sin fijarse en nadie, y sólo se dio cuenta de mi presencia cuando estuvo encima.

—¡Usted! —exclamó realmente sorprendido—. ¿Qué significa esto, querida?

—Síntese, Travers —le respondí yo—. Hemos de hablar largo y tendido.

—No entiendo... —farfulló, su mirada todavía fija en la muchacha, esperando una explicación.

Ella se mostraba seria y silenciosa.

—Su pistolero ha caído, Travers —le dije abrupta y claramente,

con el fin de impresionarlo.

Y lo conseguí.

—¿Cómo? —balbució, la tez pálida, sosteniéndose con las manos en la mesa.

—El hombre que contrató para matar a Ronald Maxwell y a su amigo Carson. Un sujeto delgado, de cabellos pajizos...

—No sé de qué habla —quiso mantener el tipo.

—No finja. Carson está vivo y a estas horas ya le habrá contado todo a la policía. Maxwell le chantajeaba a usted y Carson se encargaba de cobrarle. Usted, de alguna forma, se enteró de la personalidad de su chantajista y ordenó su muerte. Será mejor que confiese.

—No hablaré hasta tener mi abogado.

—Olvide eso —torció el gesto—. Yo no soy la policía, Travers. ¿Por qué le chantajeaba Maxwell? ¿Acaso por algo sucedido en Miami?

Aquello terminó por derrumbarle. Era un tiro casi al azar, pero le dio de lleno.

—Es eso, ¿verdad?

Acabó por dejarse caer sobre el asiento. Peggy Maxwell escuchaba, cada vez más asombrada de los ases que yo guardaba en la manga.

—Sí —terminó confesando con gesto abatido.

Le pedí un *whisky* doble. Lo iba a necesitar.

Hasta que no se lo sirvieron y bebió un largo trago, no volví a la carga.

—¿Qué pasó allí, tiene algo que ver con una mujer llamada Sylvia Cummings?

—Sabe mucho...

—Estuve en Miami, investigando. Fue usted quien mató a la mujer.

—¡No! —saltó casi del asiento.

—¿Entonces?

Se tomó un respiro, consumiendo otra buena parte del licor.

—Sylvia Cummings y yo tuvimos relaciones íntimas hace más de veinte años. Yo la abandoné cuando estaba embarazada. Luego me casé con una rica heredera.

Y no nos volvimos a ver hasta hace unas semanas, en Miami,

casualmente. Yo había ido allí de vacaciones, acompañado de los Maxwell...

—Ella hizo migas con Ronald y gracias a eso se vieron, ¿no?

—En efecto. Coincidimos en una fiesta en un yate. Ronald la llevó, hizo las presentaciones, los dos nos quedamos tan sorprendidos que fuimos incapaces de reaccionar y aparentamos no conocernos. Luego...

—¿Qué?

Necesité otro trago.

—Ella me llamó. Tuvimos una conversación muy dura y discutimos acaloradamente. Ella me acusó de todas sus desgracias, que nunca me había preocupado de la niña..., en fin, soltó todo lo que durante más de veinte años había guardado dentro de sí. Fue un auténtico chaparrón de insultos. Muy desagradable...

—¿Y?

—Yo le prometí ayudarla. Entonces me dijo que ahora no les hacía ya falta y me escupió.

Así que me largué, dejándola con sus gritos e insultos.

—¿Seguro que antes... no la empujó?

—¡No!

—¿Y qué pasó después?

—Me enteré que se había suicidado. Me costó mucho aparentar serenidad, de veras. Al parecer se había emborrachado y... En cierto modo me sentí culpable.

—Pero no mostró ningún interés por su hija. Se fue de allí inmediatamente.

—Cierto. No quería que me relacionaran con el turbio asunto. Si hubiera dado la cara con mi hija... En fin, ya es tarde, todo serían recriminaciones, mejor dejarlo.

—Y llegamos al chantaje. ¿Cómo fue?

—De pronto, un día un hombre misterioso me telefoneó y me contó cuánto sabía, mi vieja relación con Sylvia Cummings, la discusión que habíamos tenido, su muerte... Me pidió diez mil dólares por callar. Y yo acepté.

—Pero contrató a un asesino.

Benson Travers apretó los labios.

—¿Sí o no?

—Compréndalo —musitó—. El me volvió a llamar al cabo de un

breve espacio de tiempo. Otra vez la misma cantinela. Y ahora quería quince mil. Me di cuenta de que iba a ser una sangría continua, de que aquello no tendría fin..., salvo cuando yo quedara arruinado. Es por eso que contraté a ese hombre, nunca antes había hecho una cosa así, lo juro. Me obligaron las circunstancias. Ricky Nelson se encargó de vigilar al que me cobraba, el que daba la cara, y al final dio con su contacto... que resultó ser el granuja de Ronald. Enseguida imaginé que Ronald había debido de ser testigo oculto de la discusión que mantuvimos Sylvia y yo...

—Entonces ordenó matarlos. Primero Ronald, luego Carson.

—Se equivoca. Ricky no llegó a matar a Ronald.

—Me toma por tonto.

—Es la verdad. Alguien se adelantó. No fue él. Muerto Ronald, sí, fue a por el otro.

Se hizo un breve y tenso silencio. Finalmente di mi parecer:

—No lo creo, Travers, pero ya es suficiente. Del resto se encargará la policía.

El respingó.

—¿Va a entregarme?

—Desde luego. ¿Qué esperaba?

—Le daré dinero, mucho, Markham, si me concede un tiempo para huir. Tú podrías venir conmigo, chiquilla.

Peggy Maxwell negó con la cabeza, el gesto serio, apartando la mano que el industrial quería coger.

—Vamos —dije.

Benson Travers me miró. Y debió ver tal decisión incorruptible que optó por la vía de la violencia.

En realidad, actuó como un desesperado. De pronto le dio un empujón a la mesa, volcándola sobre nosotros, cogiéndonos totalmente desprevenidos. No esperaba yo una reacción así de aquel hombre.

Seguidamente, echó a correr hacia la salida.

Cuando Peggy y yo alcanzamos la calle, él ya huía a todo gas en su flamante coche. Rápidamente fuimos a mi auto, pero aquél era mucho más potente y cada vez se hacía más inalcanzable.

—Se nos escapa —comentó fastidiada la muchacha.

—No creo. Primero pasará por su casa. Una persona así no huye con lo puesto. —¿Y qué...?

—Ya lo verá.

CAPÍTULO XI

Lo vio.

Nada más llegar a la residencia de Benson Travers, situada nada menos que en el Sunset Boulevard, mucho más fastuosa que la de los Maxwell, encontramos una especie de cordón policial, muchas luces giratorias destellando llamativamente y una pequeña muchedumbre curiosa.

Peggy esbozó una sonrisa.

—Confiabas en el policía ese, el que lleva el caso de mi hermano.

—Sí. Calculé que ya estaría enterado de todo y buscando como un loco a Travers.

—Mira. Ahí está.

En efecto, Bill Carpenter estaba ladrando unas órdenes a varios policías de paisano. Al vemos, los abandonó, aproximándose a nosotros en dos zancadas.

—¡Markham, ya apareció!

—¿Qué tal la caza, Carpenter?

—Travers vino a nosotros inocentemente.

—Yo lo empujé.

—¿Usted? ¿Dónde se metió?

Le hice un breve relato de lo sucedido.

—En fin —me miró hoscamente—, como todo ha salido bien lo dejaremos estar. Pero que conste que a más de uno le ha costado la licencia.

—Sabía que lo entendería, Carpenter. ¿Ha confesado el pájaro?

—Sólo abre el pico para pedir un abogado.

—Hum...

—Pero ya cantará. Desde luego, tiene una ventaja: el pistolero que contrató está muerto, no puede declarar, y él niega su implicación en la muerte de Maxwell. Contamos con la declaración

de ustedes dos y de Carson.

—Por supuesto.

—A mí me va a resultar muy desagradable —terció Peggy.

—Sí, claro hizo una mueca el teniente. —Siento todo esto, señorita Maxwell. Imagino que a su madre no le va a hacer tampoco ninguna gracia.

—Será un duro golpe, por muchas razones. Ella confiaba plenamente en Ronald y quería que me casara con Benson, al que consideraba un buen hombre.

—Sí, lo entiendo.

Ella compuso un gesto de resignación.

—Lo que aún no sé es en qué consistía el chantaje —agregó el teniente—. Carson no lo sabe, y como Travers no habla...

—La historia es larga, pero trataré de resumirla. Benson Travers conoció hace más de veinte años a una mujer llamada Sylvia Cummings, con la que tuvo relaciones. Ella se quedó embarazada y él la abandonó. Sylvia Cummings tuvo una hija y se dedicó a la prostitución de postín. Benson Travers, por su parte, se casó con una rica heredera. Pasaron los años... Hace poco Travers invitó a los Maxwell a pasar unas vacaciones en Miami. Allí Ronald intimó con Sylvia, más por el dinero que por su atractivo. La llevó a una fiesta y allí coincidieron con Benson Travers. Más tarde, en privado, los dos viejos amantes se reunieron y ella le echó en cara lo mal que se había portado, sin haberse preocupado en ningún momento durante aquellos años por ella o por la niña, incluso le insultó... Travers nos aseguró que la dejó viva, pero lo cierto es que poco después Sylvia Cummings caía desde el balcón de su casa. El caso se cerró como suicidio. Al parecer se dio a la bebida y borracha perdida se tiró. Ronald se vio un tanto implicado en el asunto, pero con la aparente ayuda desinteresada de Travers, que forzó a las autoridades con su poder, logró quedar libre de toda sospecha. Y rápidamente regresaron aquí, a Los Ángeles. Entonces fue cuando comenzó el chantaje. Es de suponer que Maxwell debió escuchar la discusión entre ellos para estar informado de todos los detalles. Travers aceptó el pago para evitar el escándalo social. Pero Maxwell le pidió más y entonces Travers pensó en el matarife. El resto...

—Pero ¿dónde entra la chica esa rubia? —se interesó el teniente, tremendamente sorprendido por cuánto le había contado.

—Oh. Helen Murray no existe.

—¿Cómo?

Ahora también Peggy estaba la mar de sorprendida.

—Helen Murray es en realidad Ada Cummings.

—¿La hija modelo de Sylvia Cummings? —exclamó Peggy Maxwell, sin salir de su asombro.

—Exacto —asentí sonriente—. Vino aquí para contactar con su hermano y sonsacarle.

Ella no creyó en el suicidio. Le consideraba culpable.

—¿Y cómo sabe todo eso, Markham? —Me miró con desconfianza el teniente.

—Estuve en Miami, por encargo de Ronald Maxwell.

—Y no me lo dijo.

—Era secreto profesional.

—Pero ¿y todo lo que respecta a Helen Murray?

—Logré hablar con ella.

—Maldita pesquisa —no se pudo aguantar—. ¿Dónde está?

—Por ahí, escondida —respondí vagamente—. Ella me pidió que siguiera investigando el asunto, pues no era culpable de la muerte de Maxwell. En realidad, era mi nuevo cliente.

De ahí que no pudiera hablarle sinceramente...

—¡Váyase, váyase de mi vista! —me apuntó con el índice el teniente, enfadado.

Miré a la asombrada Peggy.

—¿La llevo a casa?

—Sí, gracias.

Nos encaminamos hacia el coche, pero aún tuvimos que escuchar la bronca voz del teniente.

—¡Markham! ¡No se olvide mañana por la mañana de pasar por el Pólice Department con esa tal Ada Cummings para prestar declaración!

—Okay.

Más tarde, cuando me despedí de Peggy Maxwell y enfilé rumbo a casa, me puse a pensar. Debía sentirme satisfecho: el caso resuelto, Ada libre de toda sospecha..., pero había algo que rondaba mi cerebro, algo que no conseguía captar totalmente.

Llegué a casa preocupado. Y nada más entrar, cuando iba a llamar a Ada para comunicarle lo sucedido, sonó el timbre de la

puerta.

Era Peggy Maxwell. Pero lo más sorprendente era la pistola que empuñaba.

CAPÍTULO XII

—Adentro, señor Markham.

La voz era totalmente autoritaria, muy distinta a la que estaba acostumbrado a oír desde hacía unas horas.

Obedecí sin rechistar, ya haciéndose la luz en mi cerebro. Ahora comprendía perfectamente dónde había estado el fallo.

—Ha sido usted muy rápida.

—Tengo un coche mejor que el suyo.

Alcanzamos el comedor. La araña del techo estaba encendida, pero eso no le llamó la atención. Debía creer que yo había tenido tiempo de entrar del todo.

—Venía por el camino pensando que había algo raro, algo que no encajaba, pero no acertaba a dar con lo que era. Ahora ya lo sé. Supongo que usted también cayó en la cuenta del error cometido y por eso ha venido tan rápidamente, para que no me diera tiempo a recapacitar... o al menos a hablar con otra persona.

—Exacto.

—Ahora está todo claro. Realmente Benson Travers decía la verdad. Su pistolero no llegó a matar a su hermano, ni él tampoco empujó a Sylvia Cummings. *Porque lo de Sylvia Cummings no fue un suicidio, sino un asesinato...* tal como sospechaba su hija. Fue usted quien la mató.

—Es cierto.

—Era imposible que usted supiera que la hija de Sylvia Cummings es modelo... si no había hablado con ella. Lo hizo antes de matarla, ¿verdad?

Sonrió.

—De nada le va a servir saber tanto.

—¿Por qué todo esto, señorita Maxwell?

—Es una simple historia de amor.

—¿Usted y... y su hermano?

—Así es. Pero él últimamente no me hacía mucho caso, se separaba cada vez más de mí, buscaba otras mujeres, tenía que compartirle, y a veces nos peleábamos, todos, ellas, yo y él... Siempre echaré de menos nuestros años juveniles, cuando sólo existíamos los dos...

—¿Qué sucedió en Miami?

—Allí la casa llegó al máximo de lo que yo podía soportar. Me despreció por una ramera vieja, borracha. Eso me dolió en lo más hondo. Fui allí, a su casa, enfadada, y me la encontré sola, beoda, diciendo estupideces. Hablaba de un hombre que la había abandonado, que la había hecho una desgraciada y de una hija a la que había tenido que sacar adelante con mucho esfuerzo, una hija de la que estaba orgullosa porque se ganaba el pan honradamente, porque era una modelo profesional muy cotizada... Fue verdaderamente muy sencillo convencerla para que se acercara al balcón... Lo más difícil fue salir de allí sin llamar la atención...

—¿Y luego?

—Luego... vino esa chica con pretensiones de actriz.

Yo no sabía entonces quién era, claro. Estaba harta. Había matado a una y no me importaba repetir. Ronald era mío, sólo mío, y ya no pensaba consentir que ninguna otra mujer lo disfrutara. Así que me fui a su casa, pero allí me encontré con mi hermano, que me volvió a despreciar, que me preguntó a qué había ido, discutimos, me descubrió la pistola, forcejeamos, se disparó y... ¡Yo no deseaba matarlo! ¡Lo juro! ¿Cómo iba a matarlo si era lo que más quería?

—Pero lo hizo.

—Sí... —musitó, muy quedamente—. Y me quedé espantada. Salí de allí huyendo, como si fuera la casa del diablo, olvidando mis primitivos propósitos. Más tarde, al saber de su existencia, convencí hábilmente a mi madre para que le llamara y le interrogara; quería conocer lo que sabía del asunto, por si acaso...

—Y por eso se unió a mí en el bar, esta mañana, ¿verdad?

—Fue una casualidad que nos viéramos. Yo estaba muy apenada, no sabía adónde ir, sólo me quedaba el recuerdo de aquel rincón de horas imborrables... Al verle y conocer sus ideas, pensé no despegarme de usted hasta ver lo que conseguía.

—Y las cosas le rodaron bien porque apareció otro culpable mucho más lógico.

—Con lo cual me lo quitaba de encima. Odiaba a Benson Travers. No quería casarme con él.

—Sí, lo sé. Pero ahora habrá un nuevo crimen, el mío, el cual no podrá cargar sobre él.

Buscaran otro culpable.

—No tengo más remedio que matarlo. Ésta es una emergencia. Ya veremos sobre la marcha qué sucede.

—Está bien. ¿A qué espera?

Me moví ligeramente para que ella diera unos pasos hacia la derecha... y no pudiera ver a Ada cuando salía del dormitorio.

Peggy Maxwell lanzó un bramido cuando Ada cayó encima de ella, revolviéndose con rabia. Pero la rubia había hecho buena presa en ella, logrando desarmarla con el primer golpe.

Yo fui a recoger la pistola mientras las dos mujeres se enzarzaban en una curiosa y frenética pelea, trastabillando hacia el ventanal abierto que daba al salón.

—¡Perra, eres tú, le mataré...! —le oí chillar como a una loca a Peggy Maxwell.

Las vi salir al balcón abrazadas, arañándose, mordiéndose. No sabía qué hacer, la pistola no iba a usarla.

Fui tras ellas; debía intentar separarlas.

—¡Por tu culpa maté a Ronald! —No cesaba de vociferar Peggy Maxwell.

Antes de que yo llegara, Ada logró desasirse de la otra, pero ésta le cogió de los cabellos, para tirar y dominarla, pero desgraciadamente se trataba de una peluca y por tanto su impulso no tuvo freno alguno. Salió lanzada hacia atrás, con la peluca rubia en la mano; tropezó violentamente con la baranda, la volteó y cayó aullando desgarradoramente.

Cuando me asomé, consternado, Peggy Maxwell ya se encontraba sobre la acera, reventada, en medio de un corro de gente curiosa.

EPÍLOGO

Tuve que ver al teniente Bill Carpenter antes de lo previsto. Cuando supo lo ocurrido, se dio a todos los diablos habidos y por haber. Pero en esta ocasión sí se dio por finalizado definitivamente el caso: Ada y yo firmamos nuestras declaraciones.

—Preferiría ir a un hotel —sugirió ella una vez subimos a mi coche.

Entendí lo que le ocurría. Tanto su casita alquilada como mi piso le traen malos recuerdos.

—¿Por qué no hacemos un viaje de placer a Nevada? —propuse de pronto—. No tenemos nada urgente que hacer en estos días...

Ella me miró algo desconfiada.

—¿Me quieres cazar?

Sonreí, burlón.

¿Tanto se nota?

—Tenía entendido que estas cosas sucedían al revés.

—Con una mujer como tú, no me importa cambiar los papeles.

—Vaya...

—¿Qué dices?

Pensativa, dejó transcurrir unos segundos, mientras yo ya enfilaba hacia el norte.

—¿Y luego? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Yo tengo mi trabajo en Miami y tú aquí.

—Bueno, tampoco me importaría sacarme una licencia de investigador privado en Florida.

Ada meneó la cabeza de un lado a otro, exclamando:

—¡Tú debes estar loco por mí!

Por toda respuesta, frené y la estreché fuertemente entre mis brazos, besándola en los labios. El colapso circulatorio fue de órdago.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

